

«Qué dulce y tierno.»

# VIEJO CANÍBAL

Un anciano entrañable que aterroriza Nueva York.  
Un investigador que juega a ser el asesino.

DANIEL P. ESPINOSA

«Qué dulce y tierno».

Esos fueron los términos que usó Albert Fish en la carta que envió a la madre de Grace Budd. En ella detallaba cómo había despiezado y devorado el cuerpo de la niña.

Bajo la apariencia de un anciano afable e inofensivo, Fish fue acusado de más de cien crímenes cuando al fin lo detuvieron. Ahora, en la Nueva York de 1936, tras su ejecución en la silla eléctrica, el psiquiatra que lo trató vive obsesionado con la idea de que Fish no fue el llamado «Vampiro de Brooklyn». Por eso, el doctor Isaac Prey usará una peligrosa técnica para tratar de exculparlo: pensar y sentir como él, reproducir cada uno de sus pasos... y convertirse en el auténtico caníbal que lo persigue. Arriesgando su vida y su propia cordura, se verá atrapado en una cadena de desapariciones y degeneración que lo terminarán llevando al corazón más turbio de Nueva York.

Con un ritmo despiadado, VIEJO CANÍBAL es una novela de ficción basada en un personaje que no fue de ficción: Albert Fish, el asesino y caníbal en el que se inspiraron numerosos asesinos posteriores. Descubre en esta novela quién fue Fish de verdad.

# **Viejo Caníbal**

Un asesino de niños en el corazón de Nueva  
York

**Por: Daniel P. Espinosa**

## Nota Legal

Título: Viejo Caníbal

© 2018 Daniel Pérez Espinosa

© De los textos: Daniel Pérez Espinosa

Composición de portada: Daniel Pérez Espinosa

Fotos originales de portada: Pixabay y Pxhere (licencias Creative Commons CC0)

1ª edición

Queda prohibido, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. Todos los demás derechos están reservados.

# Índice

[Viejo Caníbal](#)

[Nota Legal](#)

[Índice](#)

[Sobre esta historia](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[Unas palabras finales](#)

[Sobre el autor](#)

[Más novelas de Daniel P. Espinosa](#)

*«How she did kick—bite and scratch. I choked her to death, then cut her in small pieces so I could take my meat to my rooms. Cook and eat it. How sweet and tender her little ass was roasted in the oven. It took me 9 days to eat her entire body. I did not fuck her tho I could of had I wished. She died a virgin.»*

*«Cuánto pateó, mordió y arañó. La estrangulé hasta matarla, luego la corté en trozos pequeños para poder llevarme la carne a mi habitación. La cociné y me la comí. Qué dulce y tierno resultó su pequeño trasero asado en el horno. Me llevó nueve días comerme todo su cuerpo. No me la follé, aunque podría si hubiese querido. Murió virgen.»*

*Carta enviada por Albert Fish a los  
padres de la niña Grace Budd en 1934.*

## Sobre esta historia

Esta es una historia de ficción basada en otra historia que no es de ficción, la del asesino en serie, violador de niños y caníbal Albert Fish.

Cuando fue arrestado, Albert Fish declaró que había dejado al menos una víctima en cada estado y que en total sumaban más de cien. Fue ejecutado en 1936, a la edad de sesenta y seis años, acusado del secuestro, muerte y canibalización de la niña Grace Budd. Padecía multitud de filias y una adicción extrema al dolor. Tras ser detenido, una radiografía mostró que llevaba veintinueve agujas en la bolsa escrotal.

En el momento en que lo llevaron a la silla eléctrica, afirmó que se sentía contento porque aquel era el último placer que le quedaba por disfrutar.

*Según se estableció en el juicio que lo condenó, Albert Fish mató en 1928 a la niña llamada Grace Budd. Tardó nueve días en comerse su cuerpo, guisándolo como un gourmet, las partes blandas primero, como debía ser, y probando todos los tipos de cocina con ella. «Qué dulce y tierno resultó su pequeño trasero asado en el horno», dijo en una carta que envió a la madre de la niña. No lo capturaron hasta 1934, y solo porque su ego o su locura lo habían traicionado y le habían hecho escribir aquella carta.*

Lejos de la ciudad, de pie y solo en la casa abandonada donde la pequeña Grace había sido comida pedazo a pedazo, yo seguía pensando en que un anciano como Fish jamás habría podido cometer ese crimen, y menos de aquella manera. Tenía sesenta y seis años cuando murió, aspecto entrañable y cara de una persona atribulada y débil, alguien a quien uno ayudaría a cruzar la calle. No sé si yo pensaba así porque me estaba haciendo tan viejo como él, porque en mi consulta psiquiátrica ya había visto demasiados inocentes condenados a muerte, o tan solo porque ni mi mujer ni mi hijo me habían sobrevivido y me había vuelto un desequilibrado igual que él.

Mi hijo había desaparecido hacía años de la misma forma que muchos otros; y también como Grace Budd. Yo estaba convencido de que quien lo hubiera hecho debía tener aspecto de monstruo y dar miedo como uno de verdad, y no provocar lástima como le ocurría a todo el mundo con Albert Fish. Por eso estaba convencido de que no podía ser ese viejo entrañable. De que no debía. Porque Dios no podía ser tan cruel.

La antigua casa donde yo me encontraba ese día había sido rastreada a conciencia por la policía y los fotógrafos. Tenía dos plantas, y en la superior era donde supuestamente Fish había matado a Grace. El lugar era sórdido, de madera vieja y rota, y lleno de polvo. Las sábanas de la cama estaban todavía tal cual, sucias y removidas, y con las ventanas cerradas el olor se había vuelto infernal. Sufrí náuseas durante varios minutos, y si no vomité fue porque llevaba días sin poder comer nada, en concreto desde que mi mujer había fallecido y, también, desde que Fish había sido ejecutado.



Habían encontrado los huesos de Grace enterrados en el jardín, pequeños y frágiles. Pobre pequeña. Su vestido nunca había aparecido. ¿De verdad podía alguien hacer algo así a una hermosa niña vestida de blanco?

Me limpié las gafas de las lágrimas que las náuseas me habían producido y, cuando fui capaz de recomponerme, rastreeé la habitación como si esas paredes malditas pudieran contarme de verdad lo que había ocurrido. Supongo que buscaba que me diesen la razón en mi idea de que la policía lo había ejecutado por error, y que el anciano con el que yo había mantenido tantas sesiones psiquiátricas no había sido sino un pobre desequilibrado lleno de alucinaciones.

Pero había también una peligrosa obsesión en ello. Notaba que me estaba volviendo loco, y necesitaba resolverlo porque quería volver a comer, que mi estómago admitiese de nuevo algo sin vomitarlo. Y porque, si Fish había hecho todo aquello, ¿qué impedía que alguien como yo, también viejo y también entrañable, le hiciera lo mismo a los niños de los vecinos? ¿Podía fiarme acaso de mí mismo? ¿Podían fiarse los demás?

No había nada en la habitación ni en ninguna otra parte, pero eso no era lo que yo necesitaba para sentirme persona otra vez. Descansé un momento en una silla polvorienta que estaba caída en un rincón, me sequé el sudor bajo el sombrero con un pañuelo y me abrí la chaqueta. Intenté calmar mi respiración. Por desgracia, tenía ya una edad que me hacía tan viejo como obeso había sido siempre, y si mi mujer hubiese estado conmigo me hubiese regañado por comportarme igual que mis pacientes diagnosticados de obsesión clínica. «Demasiado tiempo entre locos, Maggie, ya sabes», le habría respondido yo.

Ordené mis pensamientos y llegué a la conclusión de que debía reconstruir lo que había hecho Fish o, mejor dicho, el auténtico asesino. Además, aquella situación era perfecta para probar una técnica psiquiátrica en la que había venido trabajando. Era experimental y, por supuesto, no solo no estaba aceptada por mis colegas sino que en todos los congresos había sido objeto tanto de burlas como de recelos. La había comenzado a desarrollar cuando mi mujer aún vivía y compartía clientes y consulta conmigo. Sin embargo, la había terminado dejando en el olvido por el temor que ella siempre había tenido a las consecuencias que podría provocar en mí. De hecho no le había faltado razón, porque casi había causado que me retirasen mi licencia de

médico por su falta de moralidad, decían.

En conclusión, ahora que ella no estaba y que yo me iba a jubilar pronto, era el mejor momento para probarla. Que mi aportación a la ciencia fuese esa o la locura.

La técnica puede parecer muy sencilla: ponerme en el lugar del criminal y hacer y pensar exactamente como había hecho él. Lo dicho, sencilla. Sin embargo, implicaba unos preparativos mentales muy severos y arriesgados: debía romper toda barrera y toda resistencia. Debía convertirme de verdad en él.

Así pues, eso hice en aquella casa manchada por aquel cruel crimen.

Inspiré despacio, abrí mis barreras mentales una a una y exhalé. Después, me asomé a la ventana y contemplé el jardín tal y como el asesino lo había debido ver aquel día de muerte. Allí estaría la pequeña Grace, jugando entre las flores, engañada por el asesino para traerla allí haciéndole creer que en la casa se celebraba el cumpleaños de su nieta; así era como él había convencido a sus padres para que la dejaran acompañarla a solas hasta ese lugar. Inverosímil, pero cierto. La credulidad de la gente puede llegar a niveles así de peligrosos.

El jardín estaba lleno de hierbas descuidadas y multitud de flores silvestres. Ahondando mentalmente paso a paso en mi procedimiento, imaginé a la niña adentrándose entre las plantas, casi tapada por ellas. Abrí la ventana, que se soltó de la bisagra, y llamé a Grace igual que él habría hecho e imaginando lo que le habría dicho.

—¡Grace! —grité al jardín vacío—. ¡Ven, sube rápido! ¡Va a empezar la fiesta!

Me sentí raro, porque si alguien me oyese podría pensar que estaba loco. Pero allí no había nadie; la casa estaba aislada en mitad del campo.

Sabía que, a continuación, el asesino se había desnudado, no por un deseo sexual perturbado sino para no mancharse la ropa de sangre. Un razonamiento tan práctico como psicopático. Después se había escondido en el armario para que la niña no lo viera al subir. Todo eso lo había contado Fish en su carta a la madre de Grace. Pero me corrijo: eso no lo había hecho Fish sino el auténtico

asesino. Lo que había hecho Fish había sido exculparlo asumiendo sus acciones, y de ese modo había obtenido el placer morboso del castigo. Al menos, era lo que yo creía.

Mientras imaginaba los pasitos de Grace haciendo crujir aquella vieja escalera al subir, volví a inspirar y espirar, pero esta vez mucho más profundo, porque ahora llegaba a un momento crítico. Ahora debía abrir una de esas barreras que todos debemos mantener cerradas para salvaguardarnos: la de la moralidad, la de la auténtica cordura. Que me perdonen Dios o las eminencias psiquiátricas que tan poco aprecio me tienen, pero era así como debía hacerlo para ver lo que el asesino vio. Me quité la chaqueta, la camisa, los pantalones y los calzones y dejé al aire mi tripa, mis vergüenzas, mis gafas redondas y mis canas.

El asesino había esperado en el armario y, cuando la niña había llegado, espléndida en su vestido de comunión, la había agarrado y peleado con ella mientras la desnudaba y luego la estrangulaba. Por eso yo salí del armario de un salto, aferré el aire y lo llevé sobre la cama mientras forcejeaba y resoplaba por mis dientes cerrados. El asesino había tenido dos eyaculaciones mientras la niña chillaba y pateaba.

A eso por suerte me pude resistir.

Dios. ¿Había llegado de verdad el asesino a tal nivel de enfermedad?

Gracias al cielo, en la carta había afirmado que no la había violado, aunque también que podía haberlo hecho si hubiese querido. «Murió virgen», había escrito. Aun así, desnudo, me sentí tan culpable como Fish se había mostrado en mis sesiones con él. Culpable y avergonzado.

Al menos la representación de aquel suplicio funcionó, porque mi mente empezó a aclararse y conseguí pensar qué podría haber hecho el asesino a continuación. Me vestí sin dejar de mirar la cama revuelta, turbado aún, y bajé a la planta inferior. Rastreé los muebles de la cocina, abriéndolos todos y buscando no sabía qué. Había cazuelas con grasa seca y polvo, así como cubiertos y platos, pero la mayoría estaban rotos. Sin embargo, lo que yo fuese que estaba intentando encontrar tenía que estar en algún sitio.

Abrí la despensa y dos ratones me asustaron al salir corriendo. Cuando me calmé, con la mano en el pecho y respirando de forma desordenada, me quité

el sudor y el polvo de los párpados y fui apartando trastos oxidados. Detrás, oh Señor, encontré lo que había estado esperando.

Una pequeña portezuela se abría en el suelo, una que sin duda la policía no había encontrado porque habrían quedado satisfechos, tal vez, con haber hallado los huesos de Grace enterrados en el jardín. Me agaché con esfuerzo, y esa vez no era tanto por el peso o la edad sino porque me temblaban las piernas. Respiraba con la boca abierta, emocionado, y me estaba tragando todo el polvo de la despensa. Grace había sido asesinada hacía seis años y aquel sitio no había sido abierto desde entonces, así que sentía miedo por lo que podría haber allí. Y excitación.

Unas pequeñas escaleras de cemento se abrían tras la trampilla. Encogí la tripa, encendí mi mechero y bajé con torpeza, mirando como un perrillo acobardado las paredes negras a las que la diminuta llama hacían más negras aún. Sin embargo, era incapaz de darme la vuelta y de convencerme de que en realidad no quería saber lo que allí se escondía.

Llegué a un sótano. El suelo era de tierra y había muchas cosas pequeñas que aplastaba con los pies, pero no me atrevía a mirar.

Las paredes eran bastas y estaban llenas de manchas de humedad, y con la escasa llama de mi mechero pude distinguir una mesa de madera sin barniz con una silla. Pero fue el olor lo que me hizo salir de mi sorpresa y darme cuenta de lo que había encontrado: una peste a carne cocinada que llevaba estancada desde hacía mucho en ese lugar profundo y sin ventilación.

Fui moviendo la pequeña luz del mechero según avanzaba y vi una vieja cocina llena de manchas de grasa, con una cazuela aún puesta sobre el fogón y, debajo, un horno medio abierto. Quizá fue el efecto residual de mi técnica de inmersión, porque en mi estómago vacío sentí en ese momento hambre como nunca había sentido. Me dolía; lo había estado haciendo sufrir durante demasiado tiempo, obligándolo a vomitar lo poco que era capaz de comer. Me acerqué, conteniendo las náuseas.

La cazuela tenía una capa de grasa blanca cubierta de polvo. Noté cómo la respiración se me aceleraba. Entonces vi algo a través de la puerta entreabierta del horno. Casi chillé como un animal asustado mientras apretaba los dientes con la fuerza de un maníaco. Pero tampoco fui capaz de dejar de

saber qué era aquello. Así pues, me agaché y abrí del todo la puerta.

Esa carne podía ser de Grace. Y sin duda lo era. Estaba cortada en tiras largas, dispuestas en líneas perfectas sobre la parrilla. Quién sabía, ¿parte de los muslos quizá?, ¿de los brazos? Dios. Estaban resacas, demasiado hechas en el horno, y apestaban a guiso de... Que el Señor me perdone, pero parecía un guiso de cerdo. No vomité porque no había nada en mi estómago, pero me tuve que apoyar contra la pared hasta que se me pasaron las arcadas. Pobre niña.

Fue entonces cuando escuché las pisadas arriba, en la casa. Me sobresalté, y al incorporarme me golpeé con el horno y solté un grito de viejo tonto mientras el mechero se caía al suelo. En ese momento las pisadas se detuvieron y, a los dos segundos, salieron corriendo hacia el exterior, como si fuese yo quien le hubiese asustado.

Por un momento no supe qué hacer, pero enseguida me decidí. Si alguien visitaba la casa era porque sabía algo, algo que tal vez me podría indicar si de verdad Fish había sido el asesino o revelar algo que yo no sabía. Como mínimo, me obligaría a salir de aquel sótano enfermizo. Encendí de nuevo el mechero, corrí por los escalones como pude, intentando que mi cuerpo fofo no se cayera desde lo más alto, y salí por la trampilla gritando a quien fuese que se detuviera, que esperase, que no iba a hacerle daño.

Cuando salí de la cocina, apresurado, y crucé el recibidor para abrir la puerta de la calle, algo me golpeó la cabeza y me lanzó contra la pared. Oí un ruido parecido al que haría un toro torpe al intentar derribar la casa y me quedé en el suelo boca abajo, jadeando exhausto, abriendo y cerrando la boca como si acaso eso me pudiera servir para respirar. Cuando la persona que me había golpeado se me acercó, por un segundo llegué a oler de nuevo aquello que parecía carne requemada con sangre vieja y seca.

Intenté volverme hacia ella.

—¡Por favor, se lo juro, estaba aquí por una buena razón! —farfullé como pude, sintiendo un miedo atroz, mucho mayor que el que me había causado aquel sótano.

Sin embargo, aquella persona colocó algo duro y pesado sobre mi espalda, una bota tal vez, y me inmovilizó. Entonces me agarró una mano mientras yo

jadeaba y suplicaba sin saber qué estaba pasando.

Me seccionó la articulación del dedo sin más, sin palabras ni tiempo perdido, pero ni lo sentí ni fui consciente de lo que había pasado hasta unos segundos después. Entonces de golpe me impactó un dolor intenso, una quemadura que penetró por los nervios de mi mano y me atravesó la base del cráneo. Después, miles de cuchillas se restregaron contra la carne viva de mi muñón. Grité, desesperado, chillé y lloré y me agarré la mano, me revolví en el suelo de un lado a otro y la sangre me manchó la ropa.

Mientras, aquella persona se marchaba de la casa llevándose mi dedo.

*Albert Fish tenía visiones en las que se le aparecía Jesucristo. Una noche la visión le dijo algo que no pudo entender, pero que él mismo interpretó a su manera buscando en la Biblia. De ahí sacó su idea de que la carne debía ser azotada.*

*Fish se flagelaba cada día, pero también soñaba con flagelar a otros, con causarles un dolor que para él era placer. En su delirio bíblico, llegó a considerar que debía sacrificar a un niño igual que Abraham intentó sacrificar a su hijo Isaac. Para él sus hijos eran ya muy mayores, así que su mente enferma deliró con la idea de que la víctima debía ser un niño pequeño. Además tras su detención se supo que, antes de que la muerte de la niña a la que había devorado saliese a la luz, Fish gritaba en sueños el nombre de Grace. Ante un hecho así y una confesión de sacrificio tan horrenda, ¿cómo iba a dudar la gente de que él había sido el monstruo que había matado y devorado a Grace Budd? Pero esa gente nunca había hablado en persona con él. No habían conocido su delicadeza de emociones, su alma amable. Tampoco su sufrimiento interior.*

*Sin embargo, el problema era otro: ahora yo estaba teniendo los sueños de Fish. ¿Me había convertido acaso en el loco al entrar en su mente?*

No sé cuánto tiempo pasé delirando por la droga que me habían dado para el dolor. Veía a Albert Fish vestido con una túnica, igual que Jesucristo en el cuadro antiguo de una iglesia a la que hacía años que no iba. Estaba frente a mí con una mano alzada como si me bendijera, y su cara mostraba aquella afabilidad que siempre le había visto en nuestras sesiones de terapia. Era un anciano consumido y de ojos introspectivos que iban de aquí para allá como si vagaran perdidos por sus propias obsesiones, un pobre hombre al que habían acusado de ser un monstruo. Ahora estaba rezando por mí, todo a pesar de que yo había debido ofender a Dios y al universo entero para que me hubiesen castigado matando a mi mujer y a mi hijo.

Sí, a pesar de todo Fish estaba ahí, velándome y llamándome.

Desperté tan empapado en sudor que pensé que me estaba ahogando en un

pantano. Era de noche y me encontraba en mi apartamento. La enfermera que me cuidaba se había marchado hacía mucho ya. Sin embargo, yo estaba convencido de que alguien me estaba observando. Tuve miedo y me llevé la mano al dedo cortado. El tormento de la hoja de metal serrando la carne seguía allí, agotador e inacabable, y me volvía loco. Me encogí en la cama mientras miraba la oscuridad. El dedo que me faltaba era el del anillo, y con él había desaparecido el último vínculo que me quedaba con Maggie. Pobre y amada esposa y colega, que solo había vivido para sufrir desde que mi hijo había desaparecido, como tantos otros niños, a manos de un asesino que había debido ser, simplemente, un monstruo.

Me di cuenta entonces de que el aire estaba helado, y sentí un escalofrío en la nuca. Yo no creía en fantasmas sino en delirios y alucinaciones, y tampoco antes me había pasado algo así. Sin embargo...

—¿Maggie...? —susurré. Oír que mi voz temblaba tanto aumentó mucho más mi miedo. Es un efecto psicológico simple y de explicación racional, pero aun así nada asusta tanto como hablar en la oscuridad cuando sabes que no hay nadie en la casa.

Me obligué a pensar que tal vez no fuese mi mujer la que hubiese vuelto del Más Allá para visitarme, sino que podía ser la misma persona que me había cortado el dedo. Alguien vivo. Sin embargo, eso me provocó más miedo aún.

Pero no podía quedarme allí, quieto.

Me incorporé con cuidado, aunque la cama chirrió por mi enorme peso y mi aún más grande torpeza. Tanteé la mesilla en busca de mis gafas y, descalzo y vestido solo con la camisa y los calzones empapados de sudor, saqué una linterna de la mesilla de noche y salí con cuidado al pasillo. Me tapé la boca con la mano mutilada para que mi jadeo asustado no me delatase. Me moví con precaución, enfocando la luz al suelo para no tropezarme con algo que en mi agitación no fuese capaz de ver. Reprimiendo los gemidos de dolor por aquel maltrato a mi viejo cuerpo convaleciente, llegué a la cocina. Hacía más frío allí, y por un momento el temor me mordió el estómago.

—¿Maggie? —volví a susurrar como un estúpido.

Si la persona que me había cortado el dedo hubiera estado allí, me habría podido derribar y cortar en pedazos. Por suerte, no había nadie.



Muchos minutos después, sentado con todas las luces encendidas, conseguí al fin alejar de mí el miedo. Abrí la despensa y pasé la mirada por panes, conservas y frutas, como tantos otros días y noches, pero también igual que en esas ocasiones sentí náuseas tan solo por pensar en comida.

Conseguí masticar unos frutos secos y no vomitarlos mientras me apretaba con fuerza el estómago, y beber un café muy aguado. Lo único bueno era que estaba perdiendo peso. Si seguía así otras semanas más, estaría delgado por primera vez en mi vida; eso si no me tenían que ingresar en el hospital por una anemia.

Pensé en Maggie y en Jonathan, nuestro hijo de ocho años desaparecido hacía tanto tiempo ya. Pensé también en la casa donde había muerto Grace Budd y en la carne que yo había encontrado en ese sótano. Y pensé en esa presencia que había sentido al despertarme y en quien me había atacado.

¿Me hallaba en peligro? ¿Me estaba acercando a lo que no debía? Casi lloré. Yo no estaba hecho ni para ir detrás de un asesino ni para que me cortasen dedos, pero por mi mujer y por mi hijo tenía que saber quién era el auténtico monstruo.

Y por Fish.

Aunque también podría no haber motivo para lo que estaba haciendo, sino tan solo una necesidad enfermiza de atormentarme a mí mismo por la soledad y por el sinsentido de sus dos muertes.

Fish, ¿fuiste tú el culpable?

*Albert Fish había sido abandonado por su mujer, que se había marchado con otro hombre y le había dejado sus seis hijos. Él los crio y los mantuvo con su sueldo de pintor de brocha gorda para que no les faltara nada. Sufrió y luchó como ningún otro, y los sacó adelante. No sé si alguien así puede ser un asesino de niños. Menos aún un canibal.*

*Todo eso me lo había contado en nuestras sesiones, antes de que lo declarasen culpable y lo ejecutaran. La presión de los periódicos, los miedos de los padres que tenían niños por los que velar y las iras de aquellos a los que también les habían desaparecido hijos tiempo atrás no me habían concedido más tiempo con él. Por su culpa no se me había permitido indagar en sus delirios y demostrar que Albert Fish tan solo había sido un demente que se lo había inventado todo.*

—Soy el doctor Isaac Prey —le dije al hijo mayor de Fish en cuanto me abrió la puerta.

Les había llamado para anunciar mi visita, y me hizo pasar con un gesto brusco, sin preguntarme nada más.

Su casa era de dos plantas. No me la había esperado tan grande. Junto al hijo me recibió también la hija de Fish, pero detrás de ella había mucha más gente de la que me hubiese gustado. Tanto él como ella se disculparon por que sus parejas no estuvieran allí, pero para compensar allí habían juntado a los niños de ambos, dos decenas en total, como si hubiesen creído que yo había ido allí para entrevistarlos a todos. Por mi parte, he de decir que alguna vez había visto familias numerosas, pero aquello no podía ser sano.

En vez de revolotear y jugar de un lado para otro, los niños estaban sentados en silencio. Unos eran muy pequeños, apenas cuatro o cinco años, y otros probablemente alcanzarían ya los catorce. Todos estaban rellenitos, lo cual era una excelente señal de salud y de ingresos económicos. Vestían de manera muy formal, con pantalones, chaquetas y camisas cerradas hasta el cuello, como marcaba la etiqueta, y no había ninguno que no tuviera las manos metidas en los bolsillos, como si les hubiesen ordenado hacerlo para no jugar con las

tazas de té que cubrían la mesa. Era una extraña disciplina, pero envidiable, al fin y al cabo. Más quisiera alguna que otra familia.

Al principio no quise creer que se hubieran juntado porque yo había pedido hablar con alguno de ellos, sino que les había sorprendido en algún tipo de reunión familiar. Quizá estaban allí para hablar de sus asuntos, o para llorar al padre, o para lo que fuese. Sin embargo, en cuanto me senté en una silla del salón ya no estuve tan seguro; con todos los Fish a mi alrededor, tanto adultos como niños, mirándome como si yo fuese el responsable de que su padre o abuelo hubiera sido ejecutado, me sentí muy cohibido, como si de verdad yo tuviese la culpa. Me intimidan con facilidad las masas de gente.

Intenté disimular quitándome las gafas y limpiándolas con la camisa, pero dudo de que eso me exculpara lo más mínimo. Percibí con toda claridad los síntomas de una familia disfuncional, y temí que aquellos niños arrastrasen traumas terribles. Serían unos traumas desde luego heredados de sus padres o directamente de su abuelo, pero eso no me hizo sentir más cómodo.

—Ya han llevado a nuestro padre a la silla eléctrica, doctor Prey. ¿Para qué nos quiere? —me preguntó la hija de Fish.

Ella era mucho peor de lo que ya me había parecido. El aspecto amenazador del hijo mayor, curtido por el trabajo duro, de mandíbula fuerte y apretada como la de un perro de presa y de manos callosas capaces de romperme la boca tan solo por aburrimiento, no era nada comparado con la voz chillona de ella y su mirada de desprecio desde su barbilla bien erguida.

Antes de que fuese capaz de contestarle, me agarré el muñón vendado del dedo y, con la cabeza baja por modestia o por miedo, quién sabe, miré a través de las cejas todo el salón. Dios. Yo soy un hombre devoto, lo reconozco, pero aquello me resultaba excesivo. Incluso blasfemo. Había tantos grabados de Jesucristo, de la Virgen, de santos y de ángeles con aspecto de niño que no quedaba ni un hueco libre en las paredes. Lo peor era que hacían que me sintiese aún más observado y juzgado.

—Estoy seguro de que su padre era inocente —murmuré, como si en vez de un viejo psiquiatra me hubiese convertido en un niño al que estaban riñendo.

—¿Cómo dice? —interrumpió la hija.

Decir que fue una pregunta sería un eufemismo, porque aquello sonó como un chillido. El hijo mayor no dijo nada, solo siguió observándome desde sus ojos fríos como el hierro y su mandíbula de bestia. Los niños, entretanto, se miraron entre ellos como si estuviesen deseando marcharse de allí, pero moverse supusiera un castigo mayor del imaginable.

—¿Entonces por qué no evitó usted que lo mataran? —me lanzó la hija, como un cuchillo afilado y envenenado.

Durante toda mi vida, siempre que había tratado a un preso violento o peligroso me había ocurrido lo mismo: era yo el que tenía que pedirle disculpas porque no lo considerasen inocente. Eso nunca había ayudado a su recuperación, pero yo era así, como bien me decía siempre Maggie. También me había pasado con Fish.

—Quise hacerlo, se lo juro —me defendí—. Quise que quedara bajo custodia médica, recluido en un psiquiátrico, pero el fiscal hizo todo lo que pudo para que fuese considerado cuerdo.

—Y para que así pudieran freírlo.

Había sido el hijo el que había hablado ahora, enfadado, con una voz grave y dura que aparecía de repente para caérseme encima y aplastarme.

—Sí. Lo siento.

—¡Claro que sí! —gritó la hija—. ¡Y para que la prensa y esa gentuza que chillaba en nuestra puerta se calmase!

—Justicia para el pueblo —murmuró el hijo, aunque en realidad para sí mismo. Apartó su mirada y su atención de mí, como si hubiera llegado a una conclusión inamovible y el tiempo concedido para la audiencia hubiese terminado.

Vi cómo la hija arrugaba un pañuelo, lo retorció y tiraba de él con todas sus fuerzas. Casi oía sus hilos a punto de romperse. Los niños se encogieron, asustados.

—¿Y qué quiere de nosotros, doctor Prey? —me preguntó al final.

Bien. Era el momento. Me costó, pero aparté la vista de las decenas y decenas de grabados de Jesucristo y esos ángeles infantiles que cubrían las paredes,

me erguí en la silla como mi dolor y mi fatiga me permitieron, y carraspeé.

—En realidad he venido para conocer de ustedes aspectos de su padre que no le hayan revelado a nadie.

La risa de desprecio de la hija me dolió. ¿Cómo podía un psiquiatra como yo haber llegado a viejo sin haber sabido asimilar las actitudes ofensivas de sus pacientes? Creo que Maggie había sido la única que lo había logrado, y después siempre me había ayudado a que yo lo intentase. Pero ahora ya... Suspiré, coloqué mi mano lisiada sobre la tripa y puse mi mejor sonrisa de terapeuta comprensivo.

—Entiendo su dolor, y créame que lo comparto. También entiendo que esto no les devolverá a su padre, pero les juro que voy a exculparlo y a limpiar su imagen. Solo necesito entenderlo mejor, saber cómo pudo averiguar los detalles de la muerte de Grace Budd para suplantar al asesino. Ha quedado demostrado que su padre efectivamente escribió esa carta, y yo mismo comparé su letra, pero estoy seguro de que fue solo porque vivía estas obsesiones dentro de su cabeza. —Alargué la mano sobre la mesa, dejando que se viera bien el dedo que me habían cortado. Era un gesto sin duda manipulador. Al moverlo sentí el dolor punzante en los músculos seccionados, y llegó a sangrar un poco. Tanto el hijo como la hija lo miraron fijamente, muy impresionados—. Por favor. Ayúdenme y ayúdense.

Los dos intercambiaron entonces un gesto cómplice. Fue algo extraño, y desde luego sospechoso, como si lo hubiesen ensayado. Los niños, por su parte, debieron notarlo también porque se volvieron los unos hacia los otros y murmuraron frases que no oí, y que desde luego tampoco querían que los padres escuchasen. Por un momento me asusté y pensé que el hijo de Fish iba a levantarse de su silla y a tirarme por las escaleras de la entrada para volver a sus ocupaciones sin ningún viejo loco que lo molestase. Pero no lo hizo, sino que se cruzó de brazos y me habló sin apartar la vista de la venda que cubría mi muñón, y sin mostrar más emociones que las de un ejecutor ante su víctima.

—La culpa la tuvo el viejo caníbal.

El estómago se me retorció, vacío como estaba y resentido por tanta náusea y tan poca comida. Estuve convencido de que por fin acababa de encontrar la pista que había estado buscando. Durante el juicio, todo el empeño de la

prensa y de Elbert F. Gallagher, el fiscal, había sido ocultar el hecho más terrible: que Grace Budd había sido devorada. Se había presentado a Fish como un pederasta y un asesino, pero no se había querido escandalizar más a la opinión pública con ese detalle. Y no porque fuese un elemento menor.

—¿Caníbal? —pregunté con precaución, sin querer emocionarme aún.

—Ese hombre es un bastardo —cortó la hija. Parecía disfrutar con aquella afirmación. Toda su cara era desprecio.

—Le contó a nuestro padre que estuvo en Hong Kong en una época de hambruna —siguió el hijo, ignorando a su vez la interrupción—, y que cuando entraba allí a una tienda a comprar carne le ofrecían muslos, traseros o carrillos de niño. Eso le dijo.

Mi pobre estómago amenazó de nuevo con revolverse. Lo apreté como pude, pero la náusea siguió allí. Uno de los chicos, al fondo de la mesa, tuvo una reacción parecida y se llevó la mano a la boca.

—¿Carrillos de niño? —pregunté, aturdido.

—El bastardo se hizo adicto a esa carne —interrumpió otra vez la hermana, con la misma ansia de venganza.

—Y le contó a nuestro padre lo sabrosos que eran los niños.

Me pasé un pañuelo por la frente y por los labios, inquieto ante esa idea.

—¿Entonces él lo convenció para que se los comiera?

El hijo plantó su puño despiadado sobre la mesa y me miró como si me retase a llevarle la contraria.

—A mi padre le afectó mucho todo aquello. Dejó de comer durante una temporada, tanto que temimos por su salud.

Me acordé de mi propio estado, y me subió bilis a la boca. Sí, podía entender a Fish. Dios, ¿cómo podía alguien hacer esas cosas?

—Pero eso fue hace muchos años —les dije, todavía sin querer dejarme llevar—. ¿Quieren ustedes decir que fue aquel hombre quien mató a esa niña, Grace Budd?

—Por supuesto que ese bastardo sigue vivo —respondió la hija, con más

desprecio aún—. Ha estado secuestrando y matando niños durante años. No mi padre, bendito sea, sino él.

Para mí, eso era suficiente. Sin embargo, aunque en mi interior me hubiera convencido de lo que me decían y quisiera exculpar ya mismo a Fish, intenté mantener mi objetividad de psiquiatra.

—No obstante, su padre confesó su crimen. Escribió esa carta y estaba obsesionado con Grace.

—¿Y? Mi padre gritaba el nombre de Grace en pesadillas antes de que lo atraparan —dijo la hija, toda ella un mar de odio—. Yo lo escuché, y también la dueña de la pensión donde dormía. ¿A pesar de eso, seguirá usted creyendo que era inocente?

—Sé lo que gritaba, señora Fish —dije para intentar apaciguarla—. Incluso lo contaron los periódicos.

El hijo me habló entonces desde el otro lado de la mesa sin inmutarse, con esa furia contenida que abarcaba toda la humanidad. Yo incluido. Y sospeché que sus propios hijos también.

—No era el nombre de Grace Budd el que pronunciaba, doctor —me dijo—. Mi padre pedía gracia divina. La suplicaba. Decía «Grace, my Lord», es decir «Perdóname, Señor». Y lloraba.

No supe qué responder. Me sentí de nuevo culpable, sí, pero al tiempo estaba contento por primera vez, orgulloso de mi absurdo empeño por eximir de pecado a alguien a quien la opinión pública había crucificado sin compasión. Esos gritos con los que en teoría había llamado a Grace habían sido una de las acusaciones más firmes que el fiscal había usado contra Fish.

Bajé la vista con una extraña vergüenza, porque yo mismo había llegado a usarlos para justificar su locura en el juicio. Sin embargo, antes jamás se me había ocurrido pensar aquello. Ahora sí tenía la justificación moral de que mi búsqueda no era solo consecuencia de mi obsesión, sino de que de verdad habían ejecutado a un inocente. Si podía demostrar que las acusaciones eran infundadas, obtendría la victoria que me devolvería tanto mi reputación como mi autoestima.

Esa fue la razón por la que decidí ir yo mismo a buscar a aquel viejo caníbal.

*Fish se creía el Mesías. Él mismo me lo confesó en alguna de nuestras charlas, e incluso lo había escrito en sus notas. Saberse con esa responsabilidad le causaba tal sufrimiento que se golpeaba la espalda cada noche con un palo con clavos hasta hacerse sangrar. Es fácil imaginarse a sus hijos contemplando a escondidas a su padre mientras lloraba y suplicaba piedad a sus propias alucinaciones.*

*Fish sufría. Por retorcida que fuese su mente, era tan humano como cualquier otro, y desde luego no un monstruo. Por eso yo no iba a evadir mi responsabilidad hacia él.*

Los hijos de Fish me habían dado la dirección del caníbal. Era una casa cercana al lugar donde habían vivido ellos hacía ya muchos años. Estaba en un barrio de Manhattan al que nadie respetable habría querido irse a vivir si hubieran tenido la posibilidad de elegir: callejuelas que de noche se llenaban de ratas, almacenes abandonados aquí y allá, pisos diminutos en semisótanos sin apenas luz... Un lugar perfecto para cazar niños imprudentes.

Mientras deambulaba por el exterior de la casa baja donde vivía aquel hombre, en un callejón convenientemente poco iluminado y con poco tránsito, y mientras trataba de reprimir el dolor de mi dedo cortado, me preguntaba si no habría sido ese hombre quien me había espiado y atacado en aquella casa de campo. Y, por supuesto, la otra pregunta obvia era si se habría comido mi dedo, por absurda o escalofriante que sonara la idea. Desde la charla con los hijos de Fish había empezado a sentirme inquieto. Sin embargo, no podía marcharme.

Había hablado con Elbert F. Gallagher, el fiscal que había llevado el caso de Fish, y le había contado mis especulaciones. Pero Elbert me había dejado bien clara su posición: que eran justo eso, especulaciones.

—Mira, Isaac —me había dicho—, todos hemos terminado muy afectados por este caso. Y sí, entiendo que tú más, por la muerte de tu mujer y la tragedia de tu hijo. En serio, me preocupa verte cada día más demacrado. Por eso, sigue mi consejo: olvídalos.



Sin embargo, había cosas que mi cerebro era incapaz de aceptar.

—¿Cómo voy a dejarlo con esta carga sobre mi conciencia, Elbert? —le había contestado yo.

Él había suspirado, fatigado, y seguro que se había llevado la pipa a la boca.

—Te vas a jubilar dentro de muy poco tiempo, Isaac. No me hagas manchar tu expediente.

No habíamos hablado más. Aunque obsesionado y con la mente lenta después de tanto tiempo sin apenas comer, yo aún sabía reconocer el momento en el que había perdido un combate.

Estuve indagando por los alrededores de la casa del caníbal antes de reunir ánimos para acercarme. Fish lo había hecho en el pasado, así que yo debía de nuevo repetir sus pasos. No sabía aún cómo, pero tenía la intención de entrar como fuese en esa casa. Estaba harto de sentirme mal, y si ese ser humano terrible que vivía allí era el verdadero culpable, encontraría una prueba que lo encerrase. Lástima que Fish ya estuviera muerto para hacer auténtica justicia.

Confesaré una cosa: había comprado un cuchillo enorme y lo llevaba escondido en la chaqueta. Era un cuchillo de carnicero. Lo había hecho porque Fish me había contado en una sesión que él había comprado uno cuando se había llevado con engaños a Grace Budd, todo esto suponiendo que hubiera sido él, claro. También en esto había seguido mi técnica psiquiátrica para ponerme en el papel de Fish, y por eso había hecho exactamente lo mismo que él. Por supuesto, no pretendía llegar a usarlo. En teoría, debería bastarme con simular sus intenciones. Eso esperaba.

Las gentes que vivían por allí eran de aspecto y ropa humilde, y además se mostraban serviles y asustadizas y se quitaban la gorra cuando me acercaba a ellos. A algunas les había desaparecido un hijo, sí, hacía tiempo ya. Otras simplemente desconfiaban de las demás, y más aún del anciano que vivía en aquella casa. El viejo afilador, lo llamaban. Alguien me llegó a confesar que, de niño, había llegado a asomarse por el ventanuco del sótano junto con unos amigos, había visto todo plagado de hierros y todos se habían marchado rápido, asustados. Lo que me pregunté es si luego alguno de ellos habría vuelto para intentar entrar una noche y si habría podido salir de allí, ya que esa era justo mi intención. Porque las preguntas a los vecinos habían resultado

interesantes, pero no me habían resuelto mis dudas.

Así pues, era de noche, el callejón apestaba a orina y había pequeños movimientos de patitas entre la basura que se acumulaba en los rincones. No sabía si ese lugar habría vivido momentos mejores o si el caníbal se había instalado allí precisamente por eso. Con el cuchillo de carnicero empuñado bajo la chaqueta y con una buena linterna, imprescindible cuando se va a hacer algo ilegal, me deslicé como pude entre lo sucio y lo oscuro de aquel sitio para que nadie me viese. Usaba la mano mutilada para taparme la nariz y la boca y no vomitar. En la casa del caníbal solo había luz en la planta superior. La pequeña ventana del sótano se veía negra, así que me acerqué con todo el cuidado del que fui capaz.

Seamos sinceros, si estaba haciendo aquello era porque sabía que aquel hombre era un anciano, mucho más mayor que el propio Fish, así que el único riesgo era que me descubriese y yo tuviera que dar alguna explicación incoherente o, en el peor de los casos, salir corriendo con torpeza y unas cuantas decenas de jadeos.

Así pues, me concentré en Fish. ¿Qué hizo cuando el caníbal le confesó sus aficiones? ¿Lo creería sin más? La mente de Fish estaba tan desestructurada y alejada de la realidad que era factible. Aquello le podría haber estimulado sus deseos de dolor y sacrificio, ya por fin alguien llevaba a la realidad lo que sus alucinaciones le pedían. Por tanto, si yo hubiese sido Fish, habría querido entrar en aquel sótano y averiguar hasta qué punto era sincero en lo que decía ese hombre.

Me agaché con esfuerzo ante el ventanuco, resoplando por la edad, los kilos y el hambre. Las eternas náuseas empezaban a atacarme por el olor del callejón y también, quizá, por la perspectiva de lo que pudiese haber allí dentro. No me colé porque yo seguía siendo yo y porque toda técnica psiquiátrica tiene un límite, o eso se intenta siempre aunque a veces se fracase de forma estrepitosa. Saqué mi linterna y la enfoqué al interior, y vi... bultos. Esa es la palabra que mejor lo definía. Eran bultos redondeados, alargados algunos de ellos... Cosas informes. Inquietantes.

El grito repentino de un viejo a mi espalda hizo que diese un salto y se me cayera la linterna. El foco de luz alocado me permitió ver los pantalones,

anchos y sueltos, y de refilón las manos. Dios, sus puños eran enormes y uno de ellos apretaba un palo negro.

No me acordé entonces de usar el cuchillo que hubiese blandido Albert Fish, sino que intenté incorporarme y soltar la excusa absurda y la sonrisa afable con las que el doctor Prey hubiese pedido perdón. Pero, sin decir una palabra, aquellas manos enormes alzaron el palo y me golpearon en la sien, partiéndome las gafas y haciendo que me golpease contra el suelo, sucio y lleno de charcos que apestaban.

Usó tanta fuerza que podría haberme matado, pero solo me dejó inconsciente, por suerte.

O por desgracia.

*Cuando detuvieron a Fish, llevaba veintinueve agujas oxidadas clavadas en el escroto. No intentaron sacárselas, y corre el rumor de que, cuando lo electrocutaron, las propias agujas produjeron un cortocircuito.*

*Ese rumor es solo un bulo morboso, y puedo confirmarlo porque yo presencié su ejecución. Sin embargo, sí es cierto que Fish ayudó a colocarse los electrodos y que disfrutó con ello. Era, sin duda, adicto al dolor. De hecho, durante su vida había experimentado con múltiples maneras de infligírselo. Ese gusto lo había adquirido en el orfanato, donde había contemplado cómo los niños eran golpeados con sadismo por cualquier razón, y donde él mismo había sufrido esos castigos.*

*Ningún niño puede crecer sin traumas si vive algo así. ¿Era por tanto él culpable de su locura? Ahora era yo el que sufría un dolor inhumano. Pero, por mucha técnica psiquiátrica que hubiera utilizado, yo no era Fish. Y lloraba como un niño.*

Abrí los ojos cuando el caníbal me arrancó un trozo de mi propia tripa. Era solo grasa, sin ningún órgano vital, y sin embargo era como si me estuviesen sacando una parte del alma.

Intenté gritar, pero tenía una mordaza de trapo metida hasta las muelas y ya de por sí me costaba respirar. Las lágrimas empapaban la tela y me corrían por la mejillas y la boca. Me sacudí en la silla donde me tenía atado, llorando más aún y mirando desesperado alrededor, en busca de mi salvación.

Por desgracia, el caníbal me tenía bien sujeto.

—No te muevas o el caldero saldrá mal, niño. Las aguas que hierven no deben agitarse.

Lo miré confuso. No, confuso no, aterrorizado como nunca me había sentido. Intenté preguntarle por qué hacía todo aquello, pero mi voz sonó desesperada y sin vocalizar a través de la mordaza. El caníbal se volvió entonces hecho una furia hacia mí y me señaló con un cuchillo lleno de sangre.

—¡No blasfemes por esa boca! ¡No la comeré si no!

No sabía qué estaba diciendo, pero entonces me di cuenta de que yo estaba sufriendo en mi propia mente uno de los casos de pérdida de la racionalidad que se producen en situaciones extremas. Irónicamente, yo mismo había tratado muchos de esos casos en mi consulta. Y ahí, como en otro delirio, fue cuando me di cuenta también de algo terrorífico: lo que estaba usando era mi cuchillo. Enorme. Helado. Aún recordaba su filo cuando me había cortado la carne, y sentía el dolor en un costado y cómo me sangraba y me manchaba la camisa, una de las preciosas camisas de lino que Maggie me había comprado. En mi estado de *shock*, acordarme de ese detalle me atormentó más que el propio dolor.

Supliqué al caníbal con la mirada, pero él me ignoró y se volvió hacia la cocina de gas donde estaba preparando algo; mi propia carne. Oí cómo se me escapaba un gemido.

Sin duda, no soy un tipo duro. Aquel era el individuo que no me iba a haber supuesto ninguna amenaza, y menos aún iba a ser capaz de levantar un palo para golpearme, el asesino casi centenario al que yo quería haber llevado a la policía. Y sí, era anciano, pero era el más grande que había visto nunca.

Sus puños eran como mazos pero se movían con gracilidad por la cocina donde estaba preparando todo para cocinarme. Tenía unos brazos larguísimos y su espalda se encorvaba. Se lo veía consumido, como si llevase años sin alimentarse bien, lo cual me llevaba a plantearme algunas ideas que no me gustaban nada. La ropa le estaba grande, y a los pantalones sujetos con tirantes le sobraban varias tallas. El poco pelo que le quedaba, gris y en la nuca, le crecía hasta los hombros en una mata grasienta que me dio asco. Todo él me lo daba. Además, no sé si era mi propia tripa en la olla lo que olía así, pero él y el lugar apestaban a algo agrio, como carne rancia que llevase almacenada allí desde hacía demasiado.

Desesperado, tanteé lo que me apresaba las muñecas. Esperaba una cuerda rugosa con la que forcejear, pero me encontré con una tela mojada. Aparté con asco la mano nada más rozarla. Era la sangre de mi propio dedo cortado; el caníbal había estado hurgando en la herida, abriéndola solo para apreciar el perfume de la carne más fresca. Tal vez incluso hubiera pensado en cortarme

los demás.

Estaba al borde de mi aguante. Aquel olor agrio se me metía cada vez más en nariz y la garganta, el dolor y la mordaza hacían que apenas pudiera respirar y todo lo que me rodeaba me hacía querer despertar de aquella pesadilla.

Entonces el caníbal volvió hacia mí con un plato en la mano. Sonreía enseñando unos dientes que eran demasiado blancos para no ser una dentadura postiza, y le temblaban los labios como si estuviese muy excitado.

—¿Quieres probarte, niño? —me dijo.

Cuando me mostró el contenido del plato me entraron náuseas. Eran tiras de mi propia tripa, ya cocinadas. Suerte que no tenía nada que vomitar, porque lo habría hecho contra la venda que me tapaba la boca.

—Estás demacrado, niño. Vas a ser hueso pronto si no comes nada. ¿Y sabes por qué no comes nada? Él te ha quitado las ganas porque eres un blasfemo — le escuché decir mientras aumentaban mis náuseas—. Pero volverás a tener hambre si te pruebas.

Levanté la vista, borrosa por las lágrimas. El caníbal sonreía. Su cara era enorme, y era tan delgada que parecía la calavera de un gigante recubierta de piel. Me pareció que me podría devorar allí mismo con solo abrir un poco más la mandíbula. Entonces apretó una tira de esa carne ya maldita contra mis labios sin que pudiese evitarlo. El olor a tostado me entró por la nariz y... juro, Dios, que nunca hubiese querido, pero aquello me dio hambre. Salivé.

El caníbal se rio, engulló la carne y la masticó con su dentadura postiza. Inconscientemente, alargué el cuello como un animal famélico al que le hubiesen negado el alimento.

—¿Por qué me persigue usted? ¿Por qué, por Dios santo? ¿Por qué? — pregunté angustiado, o al menos lo intenté, porque mi mordaza hacía sonar mis palabras como las de un pobre retrasado.

Él se había vuelto hacia su cocina y estaba llenando de agua un perolo enorme, uno donde hasta yo mismo habría cabido. Era una situación absurda porque me recordaba a las ollas gigantes donde en las novelas *pulp* los caníbales de África metían a los ingenuos exploradores blancos. En realidad, era una metáfora bastante acertada.

Se giró hacia mí, colocándose un dedo frente a los labios.

—No hables, niño, que la carne se cansa y no sabe igual —me dijo—. No te persigo yo, no soy yo, no. Es él. Fish. El Mesías.

Se me revolvió el estómago.

—Pero... Fish está... muerto —farfullé a través de la tela, y ni yo mismo me entendí.

El caníbal echó a la olla los restos de tripa (mi tripa) que no se había comido y olfateó con placer sus vapores.

—Es hermoso... —dijo, y su cuerpo tembló como si estuviera teniendo un éxtasis. Luego se volvió a acercar hasta mí—. ¿Está muerto de verdad? ¿Puede acaso él morir?

Entonces se rio y me miró directamente con sus ojos grises, unos como los que yo había visto muchas veces en mis sesiones. Ojos de asesino. Me pasó los dedos por los párpados, la nariz y la boca amordazada, como si me estuviese estudiando y disfrutando.

—Ya lo encontrarás —susurró.

La rabia me dio fuerzas y me quitó el miedo. Con un gruñido, le di un golpe con la cabeza que lo tiró hacia atrás. Vi cómo caía a plomo, igual que un saco de tierra, y escuché el ruido contra el suelo y la mesa que se llevó con él. Jadeando y con la frente dolorida, me fijé en su cuerpo inerte mientras temía que se levantara y me clavase el cuchillo de carnicero. Pero no se movió. Vi que tenía la nariz rota y su cara huesuda se había llenado de sangre. Me pregunté si habría matado a aquel anciano.

Entré en estado de pánico. Mi mente racional me gritaba que estaba actuando guiado por el histerismo, y que en esos casos era conveniente detenerse, respirar y, si era necesario, darme un bofetón a mí mismo. La seguí oyendo gritar mientras yo forcejeaba contra la tela empapada que me apresaba las manos, haciendo sangrar más mi dedo cercenado. El dolor era tan insoportable que tuve miedo de desmayarme, pero al final conseguí sacar la mano tullida, arrancarme la mordaza y empezar a tironear de lo que me ataba a la silla, desesperado y muerto de miedo ante la idea de que el caníbal se levantase en cualquier momento y me volviese a atrapar.

Me caí al suelo con silla incluida, provocando un estruendo que resonó por todo el sótano, y tuve que golpear varias veces la madera hasta que el respaldo se desencajó y las ataduras se aflojaron. Solo entonces, ya de pie y mareado y frenético, miré alrededor buscando una salida. Y solo entonces vi qué eran esos bultos redondos que había intuido por el ventanuco cuando me había asomado desde fuera; más ollas, decenas de ellas, todas enormes como para que un niño o incluso un adulto cupiesen dentro.

Temblando mientras miraba de reojo al anciano, fui capaz únicamente de asomarme a una de ellas. Lo que vi fue una capa de grasa que llegaba a media altura, como un líquido espeso de quién sabía cuántos años de antigüedad. Grasa disuelta. Quizá grasa humana.

De nuevo con náuseas, sujetándome la herida sangrante del estómago, caminé sin dejar de tropezarme con varias de esas ollas, con mesas y con herramientas punzantes, hasta que sin saber cómo encontré la salida y pude huir.



*A Fish lo acusaron de canibalismo y de pedofilia, pero también de masoquismo, sadismo, de devorar sus heces y beber su orina, de flagelación y exhibicionismo, de gusto por lacerar la piel, de mutilación de los órganos sexuales... Fue considerado en el juicio como un fenómeno único en psiquiatría. Yo mismo apoyé la afirmación porque era cierta. Los periódicos nos achacaron a los psiquiatras que queríamos evitar su condena a muerte para así tenerlo internado y estudiarlo, y no les faltaba razón.*

*Nunca antes la sociedad se había enfrentado con alguien así, y la gente tenía motivos para estar asustada y querer matar a ese monstruo. En concreto, eran los mismos que nosotros teníamos para querer desgranar su cerebro. Ya lo he dicho: fue en su ejecución cuando perdí el apetito. De él solo quedó un olor a carne quemada que aún me revuelve el estómago. Todos nuestros esfuerzos invertidos en comprender su psique se murieron con una simple descarga de electricidad.*

*Sin embargo, tal vez el viejo caníbal de aquel sótano tuviera razón; no había sido por eso por lo que había dejado de comer. Fish me había maldito con su última mirada desde la silla eléctrica, una risueña y llena de disfrute ante el dolor que iba a venir, pero a la vez de recriminación por haberlo abandonado.*

La policía tardó poco en entrar a patadas en la casa del anciano. Yo había llamado directamente a Elbert, el fiscal, después de arrastrarme por infinitas calles con la mano herida apoyada en mi estómago y sin dejar de supurar. Elbert se había alarmado en cuanto me había escuchado resollar con una voz que apenas había sido capaz de articular una frase coherente. Cuando hube conseguido que me entendiera, y mientras le oía llamarme insensato y viejo estúpido y pedir a gritos que avisaran al jefe de policía y a una ambulancia, me había caído al suelo y había perdido la consciencia.

Diría que soñé, pero no estoy seguro. Lo único que recuerdo es una especie de delirio en el que Fish, vestido igual que Jesucristo, me contemplaba desde lo alto y me sonreía. Su cara afable, la misma que había observado durante días y

días en mis sesiones con él, me reconfortaba. Sin embargo, acariciaba un látigo de pinchos metálicos con la mano.

Un par de días después vino a verme al hospital el hijo mayor de Fish. Desde la cama lo vi aún más bestial, con su mandíbula enorme apretada con tanta fuerza que me sorprendía que no se saltara sus propios dientes. Su actitud de resentimiento hacia el mundo no había cambiado y se movía con pasos rudos y llenos de recelo, apartándose como de la peste de toda enfermera que se atreviera a acercarse a menos de dos metros de él. Supongo que cuando ejecutan al padre de uno de manera injusta no se puede reaccionar ante los demás de otra forma; lo he visto muchas veces en muchos pacientes, y poca cura ha tenido jamás aquello.

Sin embargo, cuando se aproximó a mi cama me dedicó algo que interpreté como una sonrisa, un gesto torpe y poco practicado por aquellos labios finos y pálidos, y que deduje que era agradecimiento. Pero a eso le añadía también una intensa mirada inquisitiva que me intimidó.

Yo estaba aturdido por los calmantes, con la mano y el abdomen vendados, las muñecas amoratadas por las ataduras y muy, muy mareado. Tal vez por eso por un momento me retrotraje a mi niñez; me pareció la misma mirada acusatoria que me lanzaba el sacerdote de mi barrio cuando yo era pequeño y le confesaba que me había masturbado. Pensamientos onanistas y de culpabilidad inconsciente después de haber sido asaltado por un caníbal que me había arrancado y cocinado parte del abdomen; el anhelo de cualquier psiquiatra que quisiera analizarme.

—Gracias por atrapar al verdadero asesino, doctor Prey —me dijo, sin siquiera un saludo previo.

—Casi me devora —murmuré yo, atontado como estaba por las drogas, y una lágrima empezó a escurrírseme. No era una actitud muy profesional ni muy adulta.

El hijo de Fish no se inmutó, ni para bien ni para mal. Seguía con su mirada clavada en mí, como si solo hubiera ido hasta allí para decirme algo importante y lo demás fuese una pérdida de tiempo.

—Él torturó a mi padre con sus ideas durante años. Lo enfermó y causó que escribiera todas esas cosas. Por eso deben matarlo, doctor Prey. Háganlo.

Incluso con la poca capacidad de raciocinio que tenía en ese momento, aquella orden totalmente descorazonada me impactó. Aunque, seamos sinceros, yo no estaba del todo en desacuerdo.

—Es un caníbal —murmuré, con la cabeza dándome vueltas—. Se ha comido... gente. Lo ejecutarán. El juicio lo ejecutará. El fiscal. O los jueces. Lo ejecutarán.

El hijo de Fish dio un paso hacia mí que me hizo callar, intimidado. Me llevé la mano al estómago vendado.

—No —dijo, con su mandíbula animal demasiado cerca de mi cara—. Lo han dejado salir. Es muy viejo, dicen. No se creen que él fuese el asesino de la niña Budd. Y eso es inadmisibile, doctor Prey.

Aquello me dejó aturdido. El hombre que me había intentado matar había quedado libre sin más. No fui capaz de responder nada, y parpadeé confundido por el miedo ante la idea de volver a encontrármelo ahí fuera.

El hijo de Fish puso entonces una mano dura como una losa sobre mi hombro.

—Mátelo usted, doctor —me dijo—. Que no se salve.

Aquello me provocó tal dolor en mis heridas que no pude pronunciar ni una sola palabra para responderle.

Por suerte me soltó, se dio media vuelta y se marchó sin más. Así no vio cómo yo temblaba como un niño asustado mientras llamaba a mi Maggie, como si ella estuviese allí conmigo cuidándome y diciéndome que fuese fuerte.

Los días siguientes se me hicieron muy duros. Aquella visita me había dejado más alterado que jamás ningún paciente. Fueron las drogas y mis heridas las que lo permitieron, o eso quiero pensar. El hombre que había intentado cortarme en trozos y devorarme estaba libre, aquel que también sin duda había sido el que me había arrancado el dedo en la casa donde había muerto Grace Budd. Por tanto, ahora me encontraba en peligro.

Por las noches volví a tener sueños con Albert Fish. Se me aparecía con ese aspecto de Jesucristo, de Mesías, y manteníamos unas largas conversaciones. No soy capaz de recordar de qué hablábamos, pero se parecían a las charlas que manteníamos en nuestras sesiones psiquiátricas. Recuerdo despertarme

con ciertas ideas vagas sobre pederastia, sobre castigos físicos, tanto propios como a otros, y, Dios me perdone, sobre comer carne de niño. Era como si, desde la muerte, Fish me estuviese aleccionando.

Una vez me desperté en mitad de la noche y, de nuevo, igual que me había pasado en mi casa o en el lugar donde había muerto Grace Budd, tuve la sensación de que me estaban observando. Intenté levantarme, pero solo fui capaz de arrastrarme hasta la puerta. La encontré entreabierta, y yo estaba convencido de que la había dejado cerrada. Pero, claro, era un hospital y era normal que las enfermeras entrasen y salieran. Lo era, ¿verdad? No era el viejo caníbal el que me acechaba. Me repetía eso para convencerme.

Tanto la sensación como los sueños se repitieron más noches. Una mañana me desperté con hambre, algo que no me había pasado desde hacía meses. Sin embargo, cuando me trajeron el desayuno, al destaparlo tuve náuseas. Solo ver aquellos huevos fritos y aquel beicon me revolvió el estómago. Entonces me di cuenta de que lo que me había estado dando apetito era el recuerdo de la carne que me había ofrecido el caníbal en ese sótano. Mi propia carne.

Vomitó, por supuesto. O al menos mi estómago vacío lo intentó.

Durante los días siguientes hice un gran esfuerzo por alejar de mi mente aquellas peligrosas ideas. Por eso empecé a darle vueltas a aquella conversación con el hijo de Fish y rememoré la petición tan dura que me había hecho. En su momento, su actitud me había disgustado por inhumana. ¿Matar yo a alguien dando de lado a la justicia, que era quien debía encerrarlo?

Cuando me lo había dicho me había sentido igual de frustrado que durante el juicio de Albert Fish. El fiscal, los periódicos, los otros psiquiatras... tanta gente ordenando que lo ejecutaran de inmediato mientras yo peleaba para que lo exculparan. Creo que justo eso había hecho que me rebelase en mi interior cuando el hijo de Fish me había exigido que lo matase. Pero ahora el miedo ya no me permitía pensar así. El caníbal me acechaba, estaba convencido.

Además, tenía razón; aunque lo terminasen encarcelando por lo que hubieran encontrado en su casa, no lo acusarían de aquello por lo que habían ejecutado a su padre. El fiscal no se dignaría a buscar pruebas contra él porque daba el caso de Fish por cerrado. Tampoco me salvarían de quien me acosaba porque en realidad ignoraba quién era. Por eso decidí que encontraría yo mismo las

pruebas que lo llevarasen a la silla eléctrica. No quería ser asesinado, y quería volver a recuperar el apetito algún día además de sentirme de nuevo un ser humano. Estar en paz conmigo mismo. Hacer justicia con mi hijo desaparecido, tal vez asesinado por un psicópata como ese devorador de carne prohibida.

Aunque me asustaba, por supuesto. Mucho.

*Cuando detuvieron a Fish y le preguntaron cuántos crímenes así había cometido, él respondió: «Más de cien». Yo siempre había estado convencido de que su afirmación era mentira. Fish era un enfermo y vivía toda clase de aberraciones en su cabeza, pero ninguna pasaba de ahí; como mucho, llegaba a torturarse a sí mismo de mil maneras. Le encantaba escribir obscenidades a mujeres solteras que buscaban marido en los anuncios de los periódicos, pero jamás le había hecho nada a ninguna. En investigaciones policiales posteriores llegaron a atribuirle quince asesinatos de niños, aunque el inspector William King, el hombre que había invertido tantos años de su vida en encontrar al asesino de Grace Budd, estaba convencido de que en realidad habían sido cientos de crímenes. Todos habían sido niños de raza negra, puesto que en esa deshumanizada época en la que se habían producido ningún policía se habría molestado en investigar por qué habría desaparecido ninguno de ellos. Había casos repartidos por casi todos los estados del país. Supuestamente, Fish habría aprovechado su trabajo de pintor a domicilio para acosar a niños indefensos que viviesen por los alrededores. De esa manera, no habría permanecido mucho tiempo en ninguna ciudad. Una buena estratagema, anónima e inocente. Suponiendo que hubiese sido él, claro. XXX*

Robé los expedientes de aquellos niños. El fiscal iba a tener derecho a llamarme desequilibrado e incluso a encerrarme cuando se diese cuenta. Sin embargo, solo había una verdad, y era que si quería demostrar que el auténtico asesino había sido el viejo al que acababan de soltar, tenía que visitar a las familias de las quince víctimas atribuidas a Fish. Ya he dicho que yo estaba obsesionado, pero no era muy distinto al detective King cuando había estado buscando durante tanto tiempo al asesino de Grace.

Muchas víctimas eran de fuera de Nueva York, aunque por suerte había varias de esta enorme ciudad que fagocita todo y a todos; en la zona de Harlem, por supuesto. Yo estaba aún convaleciente, y tan solo me habían dejado marcharme del hospital porque yo mismo era médico; valiente razón para permitir a alguien dirigirse a su suicidio profesional y físico.

Debía de tener aspecto muy enfermo porque una persona me abrió la puerta del autobús y otra se apartó sin dejar de mirar la venda de mi dedo como si tuviera algo contagioso. Ya en Harlem, me sentí observado como nunca. Era la misma sensación que durante las últimas noches. Sin embargo, cuando me volvía no me estaba mirando nadie. La gente de color que vivía allí y pasaba gran parte de su tiempo en las escaleras de sus edificios simplemente parecía aburrida, sin trabajo, sin esperanza y sin posibilidad de cambiar nada.

Primero pensé que disimulaban para engañarme, puesto que un blanco más o menos bien vestido en un barrio como aquel es o un insensato o un criminal de algún tipo, y nadie se resistiría a observarlo con recelo. Pero, después de cinco o seis veces, algunas de las cuales incluso espíe detrás de mí a través del reflejo de un escaparate, empecé a volverme paranoico. No eran ellos los que me miraban; sí, se fijaban en mí, pero no más de unos segundos. Era otra persona quien me estaba vigilando sin compasión desde cada esquina, y yo no era capaz de localizarlo.

Me apreté la herida del abdomen con mi mano lisiada e intenté acelerar el paso. El caníbal me estaba acechando. Ahora que estaba de nuevo libre, podía ir a por mí. Empezó a parecerme una mala idea todo aquello. Pero ¿podía hacer otra cosa? ¿Encerrarme en mi habitación y llorar a mi mujer y a mi hijo hasta que me encontrasen muerto por inanición? ¿Que me enterrasen junto a mi obsesión por Fish?

En la primera casa no me quisieron recibir. Yo estaba nervioso por sentirme espiado, y apenas acerté con las palabras. Creo que me tomaron por periodista. Me permitieron entrar en la segunda, un piso junto a un puente en una calle más pobre aún que aquel barrio pobre. En su salón, los padres se derrumbaron en cuanto empecé a hacerles preguntas sobre su hijo de apenas seis años, que había aparecido desmembrado. La madre, alta, esquelética y de piel infinitamente más oscura que su marido, fue la única capaz de hablar entre llantos, con sus ojos hinchados por las lágrimas.

—¿Ha leído la carta con lo que le hizo a Billy Gaffney? El niño de Brooklyn, el que descuartizaron en los vertederos —me dijo—. Usted es de ellos, usted la habrá leído, ¿verdad? Salió en los periódicos. A nosotros nos la leyó el pastor. Y a nuestro hijo le hizo lo mismo, sabemos que sí. Debió de ser antes, porque dicen que fue mucho más... no sé, ¿descuidado? Y nuestro pobre

Richie... Oh, Señor, ¿cómo pudo alguien hacerle eso? Sufrió tanto, mi pobre niño. Lo vi en lo poco que había dejado de su cara ese... ese... cabrón.

Al oír aquel insulto, el marido se asustó y miró de prisa hacia los lados, como si alguien pudiese oírla a través de los cristales. Eso me puso nervioso a mí también, paranoico como estaba, y de repente ya me sentía observado incluso allí dentro. Sin embargo, salvo que el caníbal estuviese asomado a la ventana, cosa que en mi nerviosismo incluso llegué a comprobar, aquello era imposible. Así pues, empezaba a sufrir los síntomas de la paranoia aguda. Mi mente estaba escapando a mi control. ¿Eran los efectos secundarios de mi técnica suicida? ¿Dónde estaba quedando mi yo racional y mesurado?

—Por Dios —dijo con pánico el hombre—, se van a enterar. ¿Cómo dices eso?

Pensé que la mujer le regañaría y le diría que se dejase de miedos absurdos, que la memoria de su hijo merecía cualquier insulto a su asesino, y punto. Suele ser el tipo de reacción agresiva más común en las terapias de familia. Sin embargo no lo hizo, sino que también ella se asustó y se tapó la boca con un terror que no había esperado de una mujer tan fuerte como parecía ella. Tuve entonces un escalofrío, como si alguien estuviese pasando su dedo por mi espalda desnuda. Los nervios hicieron que incluso me girase, temeroso de que el caníbal esa vez sí estuviese detrás de mí.

—Señora Meyer —fui capaz de preguntar, en un intento extremo por recuperar mi cordura—, ¿quién nos está observando?

Enorme error, porque aquello la asustó más aún. El marido se puso de pie, una mole de grasa de rostro espantado, y me agarró del hombro.

—Váyase, por favor. Por favor.

Lo hice, pero solo porque aquello no era en absoluto una súplica.

—Por Cristo, señora —casi grité, desesperado yo también e intimidado ante la idea de salir ahí fuera, expuesto ante quien nos vigilaba—, ¿quién es? Dígamelo.

Ella, entre llantos, con la cara escondida en las manos, murmuró:

—Fish. El hombre gris. Ese caníbal. Por Jesucristo, él.



Cuando el marido me empujó hacia la calle, me revolví y me metí de nuevo en la casa.

—¡Pero él está muerto! —grité.

El hombre me volvió a empujar hacia afuera, pero me di cuenta de que esa vez me miraba como si estuviese loco.

—¿Muerto? ¿Muerto, dice? ¡Váyase de una vez!

Al fondo, la esposa, larga como era, se había hecho un ovillo y tapado los oídos.

Ahora sí me miraba todo el mundo allí en la calle. Los gritos del marido y míos en la puerta habían sido seguidos con desconfianza, y fui yo quien pasó a tener miedo por culpa de mi creciente paranoia. Me cerré la chaqueta, como si de esa manera pudiese dejar de ser quien era y de obsesionarme con lo que estaba obsesionado, y me escabullí lo más rápido que pude.

Deambulé por aquel barrio al que no pertenecía sin atreverme a mirar atrás ni una sola vez. Por supuesto, la sensación de ser espiado continuó, implacable y terrorífica, y ya no estaba seguro de si era el caníbal u otra persona. O, quizá, otra cosa. Me pregunté si existían los fantasmas de verdad.

Al fin me decidí a ir a Brooklyn, a la casa de los padres de Billy Gaffney, el niño del que me había hablado esta familia. Me abrió un hombre al que además del hijo se le había muerto la esposa, y que vivía con su madre. Me recordó mucho a mí mismo, lamentando cada día las pérdidas de mi Maggie y mi Jonathan, y empeñado de manera insana con averiguar qué era lo que había hecho mal.

Lo extraño fue que él también estaba muy asustado como para hablar, como si Fish siguiese vivo y los vigilase tanto a él como a su madre. Aun así, aquel hombre bajito y sedentario, tan afín a mí, me habló de cómo hacía años su pobre hijo Billy jugaba con otros niños por las callejuelas del barrio; todos lo hacían, y nadie se preocupaba de nada. Hasta que había llegado él y su hijo había desaparecido junto a otro niño de tres años.

Encontraron a ese otro niño, más pequeño que Billy, en lo alto de una azotea. Cuando le preguntaron dónde estaba, contestó: «El boogey man se lo llevó». Billy nunca apareció y la policía no fue capaz de encontrarlo. Sin embargo,

cuando lo detuvieron, Albert Fish llegó a confesar que había llevado al niño al vertedero de Riker Avenue, donde lo había azotado hasta hacerlo sangrar. Después le había cortado las orejas, la nariz y la boca, le había sacado los ojos y, cuando ya estaba muerto, lo había rajado por la mitad. También se había bebido su sangre. Afirmó que había querido esas partes de su cuerpo para cocinarlas con exquisitez, igual que haría después con Grace Budd. El resto del cuerpo lo había metido en un saco de patatas y lo había tirado a los pozos de fango del camino de North Beach.

Sí, en su momento yo había leído la confesión, pero me había resultado tan parecida a la de Grace Budd que me había convencido de que también se la había inventado. ¿Qué mayor placer podía tener una persona que se deleitaba escribiendo cartas obscenas que imaginar algo tan abyecto en su mente?

Ese día, en Brooklyn, el padre de Billy se acercó a mí y me cogió la mano herida con confianza.

—Aunque, señor —me dijo en voz baja, como si temiese que le escucharan—, esto no debería contárselo.

Igual que con el anterior matrimonio, miré alrededor, inquieto.

—¿Se lo llevó el caníbal? ¿Un hombre viejo y alto, con cara de bestia y unas manos enormes?

El hombre negó con la cabeza muchas veces y muy rápido.

—No. Fue el *boogey man*.

Me resultó imposible sacarle más. En mis siguientes visitas a otras familias lo único que logré fue volverme más paranoico, porque nadie quiso hablar y todos estaban aterrorizados. Hasta ese punto los asustaba un caníbal que tal vez me seguía.

Alcancé el límite cuando la abuela de uno de los niños desaparecidos me dio una pequeña cruz de madera. Aquello forzó demasiado mi voluntad de empatizar. La abuela no me dejó rechazarla y la apretó contra mi mano mala hasta clavármela.

—Él lo encontrará a usted —me dijo—. Debe protegerse.

De repente se abrió ante mí un submundo de fe banal y de irracionalidad que,

en mi estado de paranoia, casi me hizo ponerme de rodillas y suplicar su ayuda y su guía. Yo, acostumbrado a moverme entre diagnosis clínicas y métodos científicos para comprender a una persona, ahora me dejaba arrastrar por la superstición y el miedo.

Y, para qué engañarnos, el miedo es muy contagioso. Por eso tiré la cruz a una papelera en cuanto me hube alejado de su vista.

Por suerte, todo aquel sufrimiento mental no fue infructuoso. Me costó, pero pude localizar a un joven que afirmaba que, hacía unos años, había sido torturado por Fish. El informe policial contaba que por aquella época él era un adolescente que vivía en la calle y se prostituía. Fish le habría pagado entonces unos pocos dólares a cambio de hacer con él lo que quisiera. Durante una semana lo había tenido atado en una habitación de hotel, sometiéndolo a todo tipo de prácticas sádicas y obligándolo a que se las hiciera a él también.

El punto culminante había llegado cuando Fish había querido cortarle el pene con unas tijeras. Sin embargo, el chico había sangrado tanto por las heridas que ya le había infligido que Fish se había arrepentido, le había dado unos dólares más y se había marchado.

El propio Fish había hablado de esto mientras había estado detenido. Para mí, la clave de su inocencia estaba tanto en que no lo había matado como en que no se trataba de un niño pequeño. Había cometido esas aberraciones con aquel chico, sí, pero eso no le asociaba con el resto de crímenes con niños mucho más pequeños. Además, el hecho de que hubiese podido sentir compasión lo alejaba del perfil de un asesino cruel y enfermo.

Cuando llegué a la pensión donde vivía aquel joven y me abrió la puerta, la peste casi me hizo darme la vuelta. Parecía como si allí jamás hubiese abierto nadie una ventana en años. Su habitación rebosaba ropa sucia y latas de comida, tanto que no había un solo hueco vacío en el suelo. Las cortinas tapaban casi toda la luz del exterior y la única iluminación era una lámpara semisepultada en un rincón, con la pantalla sucia desde hacía mucho.

El propio joven era una extensión de su cuarto; consumido casi hasta los huesos, sucio y de pelo largo pegado a la cara. Sus ojos me examinaron con pavor durante más rato del socialmente aceptable, y entonces quiso cerrar la puerta sin dejarme entrar. Yo para aquel entonces estaba ya muy nervioso, pues

me parecía que quien me seguía estaba más cerca, así que no pude aceptar la idea de irme de allí sin respuestas. Luchando contra aquel hedor, empujé la puerta y me colé dentro.

Fue complicado. El joven, que se llamaba Edward, no opuso resistencia y se quedó acurrucado sobre la cama, abrazado a sus tobillos y vigilándome como si fuera un cervatillo a punto de ser devorado.

No dijo una palabra. Me pasé una hora en aquel estercolero, haciendo esfuerzos por respirar lo menos posible. Al final decidí recurrir a usar de nuevo mi técnica de suplantación, a pesar de que me empezaba a costar; meterme en la cabeza de un asesino tan enfermo no ayudaba a mi propio equilibrio mental.

Tuve que pensar cómo el auténtico asesino, y no me refiero a Fish, podría haberse ganado la confianza de aquel joven para tenerlo una semana entera disponiendo de él como había querido. Por eso, tras meditarlo, hice un esfuerzo supremo, me tragué todo mi asco y lo abracé tal y como Fish había dicho que había hecho cuando se había arrepentido de la idea de cortar el pene. También le susurré como si yo mismo fuera él, pidiéndole disculpas por todo, diciéndole que estaba bien, que no pasaba nada. Y, al hacerlo, imaginaba su propia voz en mi cabeza. Aquello no me hizo ningún bien. Estuve a punto de llorar y empecé a dudar de quién era yo mismo.

Por suerte, no sé si a consecuencia de mis caricias, al final logré que me hiciera caso.

—¿Estuviste una semana con un hombre llamado Albert Fish? —le pregunté por enésima vez mientras le acariciaba aquel pelo desagradable.

—Sí —dijo por fin. Luego se quedó en silencio, metió la cabeza entre las rodillas y repitió—: Sí.

Pero no, no era aquella la respuesta que yo había ido a escuchar. Fish no podía ser culpable. Aquel joven, Edward, estaba equivocado.

Me aparté, nervioso y creyendo que el propio Fish iba a aparecer allí mismo en cualquier momento. Le enseñé a Edward una foto y la mantuve frente a sus ojos durante al menos un minuto.

—¿De verdad era él? —pregunté.

El joven al principio no dijo nada, pero después afirmó con la cabeza muy despacio, como si aquello fuese un recuerdo espeso perdido en algún lado de su memoria.

—Me perdonó. Le debo la vida —dijo.

Aquello era, sin duda, efecto del trauma que arrastraba aún y que nadie le había ayudado a superar. Aun así, me emocionó porque era la primera persona que hablaba bien de él.

—¿Sabes si había hecho eso con alguien más aparte de ti? —le pregunté.

En ese momento ocurrió algo que me terminó de asustar e hizo que me quisiera marchar de inmediato. Edward alargó el brazo con un movimiento rápido como el de una serpiente y me agarró la mano mutilada. Yo intenté soltarme con una reacción dolorida, pero no pude; era increíblemente fuerte. Al acercarse, el olor de la habitación se volvió centenares de veces más intenso.

—Él todavía está aquí —me susurró.

Yo volví a tratar de separarme de él, negando lo que decía.

—Te equivocas. Está muerto —farfullé, asustado.

Pero Edward me apretó la mano aún más fuerte, tanto que tuve que reprimir un chillido y me pareció que la herida me volvía a sangrar.

—No. Él no —dijo.

Entonces me soltó y yo caí hacia atrás. Respirando agitado, desbordado por un pánico irracional, cogí mi chaqueta y mi sombrero y abrí la puerta para marcharme.

—No me llevó a un hotel —oí que decía detrás de mí. Con el corazón a punto de infartarse, me detuve y me apoyé en la pared del pasillo, fuera de su visión —. Estuvimos en los sótanos. En los del matadero del East Harlem. Allí los llevaba a todos.

Me negué a escuchar eso. No, Albert Fish no podía haber hecho aquello. Sin duda estaba confundiendo con el asesino de verdad, con el caníbal. Con la mano palpitándome y apretada contra el pecho, salí de aquella pensión maldita y corrí como pude hasta que al fin pude respirar el aire de la calle.

*En su momento, el fiscal me había hablado de algunos casos en los que había trabajado después de que hubiesen detenido a Fish. Eran casos de hacía años. Alguien había intentado secuestrar a unos niños que, por una razón u otra, habían tenido suerte y habían logrado escaparse. Al haber quedado tantos sin resolver, no habían dudado en acusarlo de ellos, incluso sin pruebas. Su único fundamento habían sido los propios delirios de Fish. Según la prensa le había identificado como el mayor criminal de la historia y la policía le había ido interrogando sobre más crímenes sin resolver, la megalomanía de Fish no había hecho más que aumentar, y por eso, según mi opinión, no había tardado en atribuírselos él mismo.*

*En una confesión, había detallado incluso cómo un día había llevado a dos niños a su apartamento, supuestamente para violarlos. Mientras jugaban a pelearse en el dormitorio, él se había metido en el baño, quizá para prepararse o quizá para concienciarse. Entonces los niños habían rodado debajo de la cama y habían encontrado unos instrumentos de tortura, fabricados especialmente por él para experimentar consigo mismo y con los demás. Los había denominado «instrumentos del infierno». Los niños habían huido y Fish, según contó, había quedado muy decepcionado. Sí, solo eso, decepcionado.*

*Esto, claro está, suponiendo que hubiese sido cierto. Pero ¿lo era? Lo que yo me preguntaba era dónde estarían esos instrumentos del infierno ahora, y si no serían los que el caníbal había utilizado ya dos veces conmigo.*

Pasé una noche inhumana. Abrasado por un calor agudo que me iba desde la mano hasta el abdomen y de ahí a los pulmones, no paré de soñar. Lo hice con Fish, por supuesto, y también con un almacén enorme lleno de vacas desolladas a las que él golpeaba con el palo de pinchos con el que siempre se flagelaba. Yo era una de esas vacas, y él me clavaba los pinchos en el estómago. Sin embargo, después la vaca fue el propio Fish, y esa vez fui yo quien lo golpeaba y le hacía gritar.

Luego estuvimos los dos de nuevo con forma humana, sangrantes, desnudos y

desollados. Fish se acercó a mí, se arrancó un pedazo de su tripa y me la dio a comer. Yo al principio no quería y tuve náuseas, como tantas veces, y forcejeé para librarme, pero él me abrió la boca a la fuerza y me lo metió hasta la garganta. Entonces, cuando saboreé esa carne jugosa y los líquidos se derramaron por mi lengua, quise más.

Me extasié, perdí el control de mí mismo y sentí el mayor placer que se podía llegar a imaginar. Eso era lo que yo siempre había deseado. Esa era la causa de mi hambre y de que no fuese capaz de comer nada. Solo deseaba aquello. Mi mente racional gritaba de espanto y me decía que huyese, que no me dejara, pero toda mi voluntad estaba obsesionada con ansiar más y más carne.

Fish se arrancó otro pedazo y me lo volvió a meter en la boca, y esta vez noté cómo sus propios dedos me acariciaban la lengua. Aún dentro del sueño, me escuché jadear dormido en la cama. Notaba cómo mi cuerpo se alzaba de forma rítmica para coger más carne y masticarla. Sentía cómo mi estómago subía y bajaba, se contraía y se relajaba, e incluso escuchaba cómo la cama rechinaba con el movimiento, entre jadeos.

Fish introdujo entonces otro pedazo de carne en mi boca, tan grande que yo apenas pude respirar, pero aun así gemí de delicia, terror y desesperación. Entonces con la otra mano alzó su palo de pinchos y me dijo: «No me falles». Después me los clavó.

El dolor me atravesó el estómago y la espina dorsal y me hizo explotar el cerebro. Y... tuve un orgasmo y eyaculé. Sí, Dios me perdone, eyaculé porque me gustaba el dolor, igual que a Fish. Me había identificado tanto con él con mi técnica psiquiátrica, el maldito experimento del que incluso Maggie había recelado, que ahora no podía sino pensar igual que él y sentir su mismo retorcimiento. Grité y mi cuerpo se siguió sacudiendo con más espasmos orgásmicos que me liberaban mientras aún notaba la mano y la carne en mi boca, forzando al máximo aquel placer tan prohibido.

Entonces abrí los ojos.

Edward, el joven escuálido y de pelo grasiento de ayer, estaba sentado con las piernas abiertas sobre mí, desnudo y excitado, y sus manos huesudas seguían aún moviéndose arriba y abajo por mi pene, empapado de esperma.

—¿No hay más? Quiero más —me dijo, como si estuviese hambriento.

Casi tuve un infarto. Mi corazón se tensó tanto y mi moral se rompió de una manera tan profunda, que creí que me iba a ahogar y que no iba a ser capaz de respirar más. Me puse rojo y empecé a toser, asfixiado, mientras lo miraba con un asco infinito. Desnudo, su cuerpo era hueso y piel, poco más, todo sucio como si hiciese años que no se lavara. Su pelo largo le caía por la cara, más sudado que el día anterior, y me observaba con la idolatría que un perro dedicaría a su amo. Buscaba mi aprobación, y en ese momento yo aún me sentía como si fuese Fish, como si todavía estuviese suplantándolo. Entonces mi vista bajó de nuevo hacia sus manos, que seguían frotándome el pene.

Conseguí gritar, espantado por el placer que estaba sintiendo, uno impuro y enfermo, y me di la vuelta en la cama para arrojarlo al suelo, lejos de mí. Resoplando, con la mano en el pecho y notando los golpes asesinos de mi corazón, me asomé por el borde del colchón y vi cómo Edward alzaba la cabeza dolido como solo un niño podía mostrarse. Unas gruesas lágrimas le caían de los ojos. Antes de que me diera tiempo a agarrarlo, fuese para disculparme o para preguntarle qué demonios hacía allí, o incluso para golpearlo por haberse atrevido a hacer aquello y haberme lanzado al borde de la locura, salió corriendo de la habitación.

Yo estaba desnudo igual que él, así que cuando salí por la puerta para perseguirlo y me di cuenta me detuve, avergonzado. ¿Qué iba a pensar la señora Winston, la anciana vecina de enfrente? ¿Y los hijos de los Barrow? Mi cabeza no se quería mantener en su sitio y no hacía más que hacer oscilar las paredes, y los latidos me golpeaban tan fuerte que me hacían daño.

Así pues, al fin había alcanzado ese temido momento: mi cordura se había hecho pedazos. Yo mismo lo había estado provocando con mi insensato método, por querer imitarlo y pensar como él mientras seguía los pasos de Fish. Era yo el culpable. ¿Quién si no?

Manchado como estaba, tanto por mis fluidos como por la porquería del cuerpo de Edward, me vestí mientras intentaba no caerme al suelo. Dudaba sobre si ir en su búsqueda o no. Los vecinos habrían visto salir de mi apartamento a un chico desnudo corriendo y llorando. Dios, si así era, mi reputación estaría destruida.

Al final me decidí. Con la camisa sin abotonar y el pelo sudado, salí al pasillo



y bajé la escalera lo más rápido y silencioso que pude. No había nadie, por suerte. Crucé el recibidor, abrí el portal y miré a ambos lados de la calle. Era de madrugada y no había ni coches ni gente por la calle, tan solo un par de farolas que iluminaban una calzada de adoquines vacía. Caminé hacia una esquina, luego di la vuelta y fui hasta la contraria. Pero, por supuesto, no había ni rastro de Edward, ni un sonido de llanto ni de pisadas.

Me tuve que hacer la pregunta que yo mismo le hubiese hecho a cualquiera de mis pacientes: ¿de verdad había habido alguien en mi dormitorio?

*Antes de que lo acusaran de la muerte de Grace Budd, Fish había sido detenido varias veces. Había sido por estafa, por pagar con cheques sin fondos y, más interesante, por enviar una carta obscena a una mujer que buscaba marido en los anuncios de los periódicos. Fish era adicto a escribir cartas ofensivas y obscenas a mujeres. Lo hacía continuamente. De hecho, lo habían llegado a encerrar en tres ocasiones en un psiquiátrico, pero tras un período de observación lo habían soltado, argumentando que tan solo tenía desviaciones mentales y sexuales, como si aquello fuese poca cosa.*

*Esa es la razón por la cual yo siempre había defendido que el problema de Fish era su imaginación retorcida. Él me había confesado varias veces que lo que le gustaba era justo eso, escribir cartas lo más indecorosas posible y enviárselas a señoritas inocentes para que se escandalizasen. Qué mejor placer podía haber, decía. No hace falta pensar mucho para darse cuenta de que una extensión de ese placer consistía en inventarse historias escabrosas sobre asesinatos para que así los periódicos lo entronasen como el mayor asesino de la historia. Por qué iba a reprimirse de inventar lo que fuese.*

*Yo entendía a Albert Fish. Y ese era el problema que me estaba hundiendo en un pozo cada vez más sucio.*

Me resultaba duro darme cuenta de que estaba perdiendo la cabeza. En mi interior no paraba de llamar a Maggie y a mi hijo, como si fuesen capaces de escucharme, y eso no ayudaba a sentirme más cuerdo. Había entrado demasiado en la cabeza de Fish, pero lo peor era que ahora ya no podía parar. ¿Era ese el fallo que habían encontrado los otros psiquiatras en mi técnica? No, no era eso. La culpa era tan solo de mi obsesión, de mi incontrolable obsesión por aquel hombre enfermo. Me estaba comportando igual que los dementes que no eran capaces de distinguir qué era real y qué no.

Antes de lavarme, me inspeccioné la herida del abdomen. Tenía moratones alrededor de la cicatriz. Podría habérmelas hecho Edward, pero también podría haber sido yo mientras me perdía en aquel sueño extático; ese que, igual que lo que le había visto hacer a Edward, me llenaba de vergüenza. Sin

embargo, tampoco para eso tenía una respuesta.

Me vestí, dolorido, intenté tragar algo de pan tostado mojado en café, vomité la mitad y, cuando fui capaz de dejar de aferrarme mareado a la pared, salí a la calle. No era capaz de hacer otra cosa, porque no podía quedarme tirado en la cama para volverme aún más loco. Por un momento volvió a mi cabeza la imagen de Fish desollado murmurándome: «No me falles».

«Déjame en paz, por favor», fue lo único que pude contestarme a mí mismo.

No me costó demasiado localizar aquel matadero abandonado del East Harlem que había mencionado Edward. Por supuesto, había estado tentado de acercarme a la pensión donde vivía aquel joven para dos cosas: una, convencerme de que él en realidad no había estado en mi dormitorio y que tan solo estaba sufriendo los efectos de mi anemia y mi obsesión, y dos, que de nuevo me confirmase si de verdad había sido Fish el que había llevado a los niños allí. Necesitaba saber si no se había estado refiriendo sin saberlo al viejo caníbal que me había atacado y que me había estado vigilando. Sin embargo, no me había visto capaz de enfrentarme de nuevo a aquella mirada lastimosa y hambrienta. Su mente estaba rota y yo ya no era capaz de actuar como psiquiatra. Yo era cada vez más un Fish desquiciado.

El matadero estaba en una zona de calles amplias, todo naves industriales que, por mucho que hubiesen prosperado durante años, con la crisis del veintinueve habían ido cayendo una tras otra. El matadero, sin embargo, ya había sido un lugar abandonado incluso en la época de mayor auge económico.

Encontré gente mayor que lo conocía; habían trabajado allí hasta que lo habían cerrado a principios de los años veinte. Justo a partir de esa época había sido cuando se habían producido varios crímenes sin resolver con niños en Nueva York, en concreto aquellos que se atribuían a Fish.

Por supuesto, seguía sintiéndome observado. Por eso, aunque no sabía si más por temor o por ansiedad por acabar con todo, había conseguido una pistola. Un antiguo paciente me debía un favor; le había tratado gratis durante meses y, aunque no había curado del todo su paranoia, al menos ahora ya no necesitaba tener un arma bajo la almohada. Me pareció justo que yo ahora ocupase su lugar.

No quise ir de noche al matadero. Quizá, a pesar de todas las

irresponsabilidades que había estado cometiendo en los últimos días, había aprendido algo tras la experiencia en la casa del caníbal.

Cuando vi el edificio, supe que mi búsqueda estaba llegando a su conclusión. Si hubiese tenido que idear un sitio donde cometer crímenes, ese habría sido el único y el más perfecto. Todo lugar abandonado genera una sensación de maldad, pero este me provocaba auténtico rechazo. Los cristales rotos de las ventanas me asustaban, como si me fuesen cortar limpiamente si se me ocurría cruzar por ellas. Me acaricié el muñón del dedo. La puerta tenía una cadena oxidada, una con la que alguien me podría golpear y romper todos los huesos.

Sin duda, el final que se acercaba era el de mi cordura. Apenas podía contemplar nada sin que pareciese parte de un delirio, como tal vez Fish lo había visto todo cuando estaba vivo. ¿Era eso lo que había estado buscando todo este tiempo, desacreditar mi propia mente, darle a entender a Fish que no podía haberlo salvado porque yo también estaba loco como él?

Seguía delirando. Me sequé el sudor de la frente y miré alrededor por si era capaz de localizar a quien me seguía. Pero ¿qué iba a hacer yo? Era solo un hombre viejo, gordo y cansado apoyado contra una pared mientras miraba asustado hacia un edificio vacío. Pensé que debería llamar a Elbert, el fiscal, antes de que lo siguiente que supiera de mí fuese que me tenía que identificar en el depósito de cadáveres.

Debería, sí, pero estaba fatigado. No podía pensar bien. Aquella noche, con Edward, ese joven, había... No, no podía razonar. Debía acabar aquello ya o entonces sí que me tendrían que ingresar en un psiquiátrico de por vida. No obstante, mi miedo aún me permitió ser algo razonable; retrocedí varias manzanas, localicé un teléfono y llamé al fiscal. Sin embargo, no fui muy coherente en lo que le dije.

—Voy al matadero a por él, Elbert.

—Maldita sea, Isaac —me gritó, preocupado y claramente furioso—, ¿por qué no estás en tu casa descansando? La enfermera me ha dicho que no ha podido ir a hacerte las curas. Voy a terminar ordenando que te tengan vigilado.

—Ven entonces tú aquí. No fue Fish, estoy seguro.

Oí su suspiro impaciente.

—Por Dios, Isaac, no tengo tiempo para ti. El abogado de tu caníbal no solo consiguió que lo soltáramos sino que ahora te acusa de allanamiento de morada, argumenta defensa propia y que la grasa que hay en esas cacerolas es de cerdo, y que la usa para hacer figuras. ¿Has visto las estatuillas de niño que tiene en su casa? Son repulsivas, ¿de acuerdo, Isaac?, pero eso no lo convierte en un criminal.

Se me fue acelerando la respiración según me indignaba.

—¡Me arrancó un pedazo de carne! ¡De mi carne! ¡Se la comió! ¡Él es el que mató a Grace Budd, no Fish!

Al otro lado, Elbert dio unos golpecitos en la mesa. Yo sabía que lo hacía cuando algún idiota se empeñaba en no dejarle resolver las cosas a su manera.

—Mira, Isaac, sabes cómo son los procedimientos. No podemos retener a ese viejo, al menos por ahora. Y respecto a Albert Fish, lo sabes mejor que yo. El caso está cerrado, él está muerto y tú estás demostrando cada vez menos coherencia. Vuelve a tu casa ya mismo o pediré que revoquen tu licencia de médico y que te encierren en una clínica de reposo. ¿Sabes de cuáles te hablo? De las de llave en la puerta.

Aquella idea consiguió atravesar un poco mi espesura mental, y no me gustó. Me costaba razonar, pero aun así fui capaz de comprender cómo limitaría eso mi libertad para resolver todo esto. Más aún, cómo acabaría conmigo y con todo. Irónicamente, no creí que mi escasa cordura sobreviviera mucho tiempo estando encerrado en un sitio lleno de locos.

—Búscame en el matadero —dije, y colgué.

Volví a mirar alrededor. De repente no me pareció que haber hablado con Elbert hubiese sido tan buena idea; estaba seguro de que el caníbal había escuchado todo lo que había dicho.

El caníbal. El mismo al que Elbert había soltado. Procedimientos legales que iban contra los inocentes. Abogados. Esos eran los que habían inculcado a Fish y ahora habían dejado libre al auténtico culpable.

Me levanté las solapas de la chaqueta como si aquello pudiese protegerme de los mordiscos que buscasen mi carne, y me encaminé al edificio maldito. Iba a encontrar yo las pruebas para encerrarlo de una vez.

Sin embargo, por mucha cordura que me costase, de nuevo iba a tener que meterme en la cabeza del asesino, repetir sus pasos y acceder al sitio donde había estado llevando a sus víctimas durante años.

Entrar no fue difícil. Eso debería haberme alegrado, pero en realidad me preocupó más. El candado estaba roto, y tenía todo el aspecto de llevar así muchos años. También significaba que quien me seguía podría entrar detrás de mí sin que me enterase. ¿De verdad debía continuar? Sí, porque Fish lo hubiera hecho así. Fish amaba el dolor. Amaba sufrir. Yo también debía.

Abrí la puerta, y el olor a carne podrida me hizo toser hasta llorar.

*El motivo no era que Fish tuviese antecedentes psicóticos en su familia, sino que todos los que lo rodearon de pequeño estaban desequilibrados.*

*Su madre tenía alucinaciones, como después tendría él mismo. Un hermano fue encerrado en un psiquiátrico, también igual que luego le pasaría a él, aunque fuese temporalmente. A su hermana le diagnosticaron una aflicción mental, y no hace falta decir que él mismo sufría de varias en grado extremo. Su tío padecía de obsesión religiosa, y él no solo era fanático de la Biblia sino que pensaba que era el propio Mesías.*

*Para mí, todo aquello había sido siempre síntoma claro de cómo absorbía e imitaba los elementos nocivos de su entorno. ¿Se puede crecer sano en un entorno así? Sin embargo, un hecho significativo es que nadie en su familia había resultado un asesino. ¿Por qué habría de serlo él entonces?*

*Ese había sido y era mi mantra, el que ya resultaba imposible quitarme de la cabeza.*

Cuando abandonaron el matadero, no lo dejaron vacío. Años de putrefacción y ratas pueden convertir un lugar en algo que jamás se te borrará de la memoria. También, en algo cuyo olor nunca desaparecerá de tu olfato, como si lo que queda de esa carne se te incrustara en la garganta para siempre.

Tras el impacto inicial, tuve que taparme la nariz y la boca con un pañuelo bien doblado, y esforzarme por hacer solo inspiraciones muy cortas. Ojalá hubiera podido no respirar siquiera. Había cristales por el suelo manchados de cualquiera sabía qué sustancia orgánica. Me daba miedo solo poner el pie sobre ellos, por si una rata aparecía para mordirme. Por suerte la luz se colaba por las enormes ventanas. Ciertamente, no habría sido capaz de entrar ahí de noche.

Era una nave rectangular, sin paredes que la dividieran. Había algunas mesas metálicas de despiece y centenares de ganchos, todo oxidado y muy sucio. Lo peor era la capa oscura que se había endurecido encima del metal. Recorrí el sitio sin tampoco ahora poder quitarme de la nuca la molesta sensación de ser

observado. Sin embargo, en aquel sitio no había recovecos donde esconderse, más allá de las mesas metálicas, que estaban vacías.

Lo que me resultaba más siniestro, y de donde venía aquel olor asfixiante, eran los restos de vacas que antes colgaban de los ganchos. Aún quedaban algunos pedazos en los hierros, pero la mayoría estaban caídos por el suelo, mordidos, secos y podridos a partes iguales. Procuré no mirar mucho, porque la primera vez que lo hice juraría que se movían, quizá por todo lo que debía vivir dentro de ellos.

Paranoico y deseando salir cuanto antes de allí, me obligué a pensar de nuevo como el caníbal. O como Fish. O como ambos. Ellos hubiesen avanzado sin dudarlo por aquel lugar de muerte, sintiéndose como en su pequeño y secreto hogar. Luego me esforcé en razonar como un asesino que escondiera allí a sus víctimas, e intenté descifrar dónde irían.

Funcionó. Algo me hizo caminar hasta el otro lado de la nave.

Juro que, al pisar, el suelo rezumaba. Mis pasos sonaban a mojado, y por Dios que me retorcía de asco cada vez que una de mis suelas se hundían sobre algo blando. Sin embargo me conseguí mantener dentro de mi mente de asesino, aunque, eso sí, sin saber si podría volver ya alguna vez a apartarme de ella.

No sé cómo aguanté tanto en ese lugar. Por suerte, al fondo encontré una puerta metálica que no parecía tan vieja como el resto de la nave. Tenía una cerradura gruesa, y cuando probé a girar el pomo se me atragantó la respiración; no estaba cerrada. Con inmersión asesina o no, las partes del cuerpo que aún no me temblaban empezaron a hacerlo. La paranoia produce miedo, y el miedo lleva a actuar de forma violenta; y también torpe. Saqué mi pistola, aunque dudaba de que fuese capaz de acertar a nadie con aquel temblor. Luego encendí la linterna e intenté mantenerla lo bastante erguida como para no caerme por los escalones que descendían. Me convencí de que el asesino habría hecho ese camino sin dudarlo, y por tanto yo iba a hacer lo mismo. Estaba a punto de descubrir lo que me permitiría encerrarlo. Eso o morir.

Ya no podía taparme la nariz y la boca con los pañuelos, así que el olor me penetraba de lleno, y el que venía de abajo era peor aún que el de arriba. No era de carne podrida, gracias al cielo, pero era uno que reconocí y que me



afectó más aún; se trataba del mismo que casi me había hecho vomitar en la pensión donde vivía Edward, el joven que... Por Dios, aún recordaba sus manos sobre mí.

Intenté ser lo más silencioso que pude, cosa muy difícil cuando los latidos me golpeaban tan fuerte en las sienes que eso era lo único que escuchaba. No sabía dónde mirar, si delante o detrás. Si el viejo caníbal me había seguido hasta allí, estaba entrando en un sitio del que no podría escapar. Claro que el propio matadero nunca había sido un lugar que me hubiese dado muchas opciones de huida. Sentí escalofríos.

Pero tenía que seguir adelante. Fish lo hubiese hecho.

Descendí muy poco a poco. Allí abajo no había luz, aunque sí noté la presencia de alguien. Algo en el aire me decía que no estaba vacío, y el olor no podía engañar. Cuando llegué al final de las escaleras y vi lo que había fue cuando olvidé toda técnica, todo asesino y todo Fish, y quise salir corriendo. Yo no estoy hecho para heroicidades.

Había muchas jaulas, iguales que las que había visto en el zoo las veces que había ido con mi mujer y mi hijo. Estaban repartidas por un sótano gigantesco, tan grande que mi linterna no alcanzaba a iluminar sus paredes. Y las jaulas...

Me costaba respirar e incluso mantenerme de pie, pero no fui capaz de apartar la linterna de ellas por el espanto. Estaban llenas de niños desnudos, sucios como había estado Edward, apiñados unos sobre otros. Tenían el pelo largo, descuidado desde hacía años. Unos estaban escuálidos y otros, al contrario, habían sido cebados. Todos me miraban con terror, como si fuese un depredador desconocido que de repente hubiese irrumpido en su refugio.

Sin embargo, lo peor vino cuando, sin saber cómo tuve la fuerza de voluntad para hacerlo, di un paso hacia delante y comprobé algo que no estaba pudiendo creerme: a todos los niños les faltaba una parte del cuerpo.

Al que tenía más cerca, enroscado sobre sí mismo junto a un barrote y sin dejar de mirarme embobado, sin parpadear siquiera, le faltaba un brazo entero. A otro niño que estaba en el rincón más alejado de la jaula frente a mí le faltaban las orejas y la nariz. En otra jaula, la linterna me mostró a dos niños a los que les faltaban las nalgas. Tenían el trasero plano, con unas enormes cicatrices mal curadas. Retrocedí para apoyarme en algún sitio antes

de caerme, mareado por aquellas visiones, por la peste y por esas miradas estúpidas que no podían venir sino de cerebros que habían sido vapuleados hasta convertirlos en esclavos sin voluntad.

En medio de aquella oscuridad terrible, me apoyé sobre una enorme olla, que era igual a la que había visto en la casa del anciano caníbal, aunque mucho más grande. Mientras me oía a mí mismo jadear, al límite de mi aguante, moví la linterna hacia el fondo y con el estrecho haz de luz vi una hilera interminable de esas mismas ollas.

Dios.

Señor.

¿Qué era lo que hacía el caníbal allí? ¿Cómo podía tener con total impunidad un matadero de niños para su uso y disfrute en plena Nueva York?

Cuando dudaba sobre si empezar a volcar esos recipientes para desahogar mi rabia y mi histerismo o salir corriendo para llamar al fiscal y que acabase con aquello, alguien me agarró de los brazos con una fuerza brutal y sentí un golpe en la cabeza. Oí un crujido y caí al suelo, babeando e intentando farfullar un grito mientras el pelo se me humedecía con mi sangre caliente y la salvadora luz de la linterna se perdía en la negrura.

Luego, alguien me empezó a serrar un pie.

*Durante toda su vida, Fish se había dedicado a recopilar noticias tremendistas de los periódicos. Llevaba consigo una interminable colección de recortes con los detalles de los crímenes que se cometían sobre niños por todo el país, así como las de los que desaparecían. Tanto el fiscal como el inspector King consideraron que aquellas eran las noticias de sus propios crímenes, pero no fue posible demostrarlo. Como ya he dicho, a Fish le gustaba observar y visualizar fantasías.*

*Cada año desaparecían cientos de niños en todo el país, y pocos eran hallados. Algunos de los que aparecían muertos habían sufrido salvajes mutilaciones como las que Fish contó en alguna de sus confesiones.*

*Ahora yo había dado con muchos de ellos; decenas de noticias en los periódicos a las que nadie había prestado atención se encontraban allí, asustadas y mutiladas. Ya no me quedaba entereza mental para resistirlo. Mi mente estaba desgarrada.*

*Y mi voluntad.*

*Y mi cuerpo.*

Creo que volví a soñar con Fish. De nuevo con barba y pelo largos como los de Jesucristo, desnudo y con una corona de espinas en la cabeza, me sujetaba del cuello mientras unos niños me arrancaban los dedos de las manos y de los pies, uno por uno. Luego desperté y empecé a chillar cuando el dolor agudo del pie me alcanzó el cerebro.

Era insoportable, como si segundo a segundo siguiesen cortándome igual que había sentido que hacían antes de desmayarme. Estaba empapado en llanto y saliva, y notaba la sangre de la cabeza apelmazada en el pelo. Me costó centrarme lo suficiente para saber dónde estaba y para distinguir siquiera algo de lo que había alrededor. Me encontraba en aquel mismo sótano, el que estaba plagado de jaulas de niños y cazuelas gigantes y que apestaba a cuerpos sucios. Todo estaba envuelto en oscuridad y apenas había unas luces dispersas en las que me costó fijar la vista.

Entonces me di cuenta de que no me podía mover. Peor aún, de que estaba colgado por las muñecas de un gancho, como las vacas podridas del matadero. Grité, o al menos lo intenté, aunque no saliera una sola palabra coherente de mi garganta. Creo que lo hice muchas veces y durante mucho rato, como una forma de desahogar el dolor que no paraba de subirme desde el pie que me habían seccionado hacía a saber cuántas horas o incluso días.

Una figura se acercó en algún momento desde uno de los focos de luz, grande y rígida, con pisadas bruscas. En aquella penumbra y con mi delirio mental, primero me pareció un fantasma. Luego, un monstruo. Al final, resultó ser el hijo de Fish, y eso me dio más miedo aún. Se detuvo delante de mí y me examinó con la minuciosidad de un profesional. Llevaba puesto un delantal de carnicero manchado de sangre tanto vieja como nueva. Con su mandíbula fuerte y despectiva apretada, se aproximó para examinar mi cara, me la sujetó con una mano y me estudió de cerca las pupilas.

—Ya está preparado, doctor Prey. No ha tardado mucho.

Yo intenté decir alguna cosa, pero tan solo conseguí farfullar algo que sonó a súplicas e incoherencias.

—Le prohíbo que se muerda la lengua —dijo, endureciendo aún más el gesto para amenazarme—. La estropearía, y no quiero eso.

Me asusté al comprender el significado de aquella frase, y forzando las muñecas atadas al gancho miré hacia abajo, a mi pie que ya no estaba, con el muñón vendado y manchado de sangre y suciedad. Me mareé y tuve náuseas, pero esa vez fui capaz de hablar.

—Yo quería... atrapar al caníbal. Al viejo... No me haga esto...

—El viejo ya no importa, doctor. Cumplió lo que tenía que cumplir, le preparó para esto y ha vuelto a su vida normal. Pero dígame: ya sabe lo que voy a obligarle a usted a hacer ahora, ¿verdad? ¿No le resulta esto en cierto modo familiar? ¿Está reviviendo lo que encontró en ese sótano, doctor Prey?

—Él está libre... Él está... —insistí, en mi delirio poco coherente.

No me hizo más caso. Se limpió las manos en el delantal, como si fuese un gesto automatizado, y volvió a la luz del fondo, donde ahora me parecía ya distinguir que borboteaba alguna olla. Entonces empecé a apreciar el aroma de

la carne cocinada. Como él había dicho, todo era idéntico al del sótano del caníbal. Todo era otra pesadilla.

De nuevo me aterroricé con mi reacción. Otra vez sentí hambre, una de verdad, de la que hacía semanas que no tenía y que me había atormentado tanto en aquel sueño con Fish como en aquel sótano. Iba a ocurrir lo mismo que ese día, allí atado. Pero el hijo de Fish tenía razón; aquel anciano me había preparado, y esta vez yo lo estaba deseando. Quizá incluso me había ido preparando yo mismo al seguir paso a paso al asesino.

No.

No podía dejar que ocurriera.

Pero ¿cómo?

Me esforcé por juntar la poca voluntad que me quedaba para no dejarme llevar por mi derrota. No quería comer carne humana. No quería comerme a mí mismo. Yo no era eso. Me obligué a razonar para no entregarme al delirio y me puse a conectar ideas en mi agotado cerebro. Tenía que haber una salida a todo aquello. Había resultado que el hijo de Fish era quien me había estado siguiendo desde el primer día, sin duda. ¿Por qué no? Había sido él y no un viejo desconocido, por caníbal que fuese. También era quien me había empujado a que siguiese investigando. ¿Todo para traerme aquí? Comencé a odiarlo como jamás he odiado a ninguna persona. Él me había hecho esto, me había convertido en este ser despreciable que estaba deseando comer personas. Quise poder alcanzar mi pistola, poder matarlo, dispararle en el corazón hasta que me quedase sin balas.

Dios. Necesitaba ayuda. Alcé la cabeza y recé a Fish, preguntándole por qué me había dejado caer en esa trampa.

Sí, lo confieso. Le pedí auxilio.

Pasé un rato llorando en silencio, sin poder olvidarme ni del hambre ni del dolor de mi pie, viendo entre delirios la imagen de Albert Fish contemplándome desde el fondo de la sala, lleno de compasión y alargando las manos hacia mí. Entonces alguien me soltó las muñecas del gancho donde estaban atadas, y caí al suelo como un saco inútil. Levanté la cabeza entre lágrimas, temiendo que ya llegaba el momento y, peor aún, que lo iba a

disfrutar.

Sin embargo, lo que vi fue al ángel que Fish me había enviado. Era el joven Edward, igual de sucio y vestido con la misma ropa inmunda que había llevado en la pensión donde lo conocí. Yo solo pude parpadear, sonriendo como un bobo. Él me levantó con más fuerza de la que podría esperar de alguien tan escuálido y pasó mi brazo por su hombro para ayudarme a caminar con un solo pie. Me hizo un gesto para que guardara silencio mientras señalaba al hijo de Fish, que estaba atareado entre fogones en el otro lado.

—Le debo la vida a él —dijo Edward. Era lo que me había contado que le había dicho a Fish cuando no le había matado hacía años. Movi6 entonces la cabeza de arriba abajo varias veces, como un muñeco—. Ahora usted también se la debe.

No pude pensar en ese momento en lo que significaba aquello. En cualquier caso, dudo que hubiese sido capaz de comprenderlo y, aunque lo hubiera hecho... tampoco habría podido evitarlo. Porque estaba condenado. Por completo.

Vi de manera fugaz a los niños metidos en las jaulas, que nos suplicaban con la mirada, y deseé ir hacia ellos para sacarlos de aquel infierno. Pero Edward tir6 de mí y me oblig6 a alejarme.

No sé por dónde me llevó. Creo que de alguna manera me metió en las alcantarillas. Me pregunté si había una puerta que conectaba con ellas y que era lo que usaba el hijo de Fish para entrar y salir a escondidas. Tendría sentido, claro. Mucho. Sin embargo, olía de una forma muy parecida al propio Edward. Pero qué importaban ya los olores.

Agarrado a sus hombros, obligándole a caminar doblado a causa de mi peso, cojeé y me arrastré durante horas. Edward había cogido mi linterna, tirada a saber dónde, y me la había dado. Yo intentaba apuntar con ella hacia delante, aunque casi todo el tiempo el foco de luz alumbraba solo el suelo lleno de agua sucia mientras nos movíamos entre negrura y fogonazos de luz torpe.

El dolor, el cansancio y la peste irrespirable de aquellos túneles me hicieron perder la noción del tiempo y del espacio. Y también el sentido común. Yo estaba muy confuso, traumatizado por todo lo que me había ocurrido, y no era dueño de mis actos ni consciente de ellos. A ratos seguía creyendo que era

Fish, o el caníbal, o ambos a la vez, y que me dirigía a por una de mis presas. Me había quedado atrapado, con mi mente ya rota por completo.

Ser Fish ya lo era todo para mí.

Recuerdo lo que pasó allí abajo, pero pensar en ello me hace llorar de vergüenza y desesperación. Después de horas de camino, caí derregado y Edward tiró de mí hasta un rincón más oscuro aún. Él también estaba agotado y se acurrucó junto a mí, y los dos nos quedamos dormidos en aquel lugar infecto. Lo siguiente que sé es que me desperté y en la escasa penumbra nos distinguí a los dos desnudos, yo encima de él, penetrándolo excitado, aplastándolo con mi peso, y él sujetando mis manos alrededor de su cuello para que lo asfixiara. Y yo, Dios, perdóname, presionaba con todas mis fuerzas para dejarlo sin aire y, mientras lo hacía, no podía dejar de pensar en mi mujer y en mi hijo. Aquel túnel aumentaba hasta el infinito mis gritos de placer y sus jadeos de asfixia, y sus ecos no hacían más que golpearme con mi propia locura.

Por suerte, o quizá porque Dios aún no me había abandonado del todo, me detuve antes de matarlo. Él se volvió hacia mí al instante. Tenía la cara hinchada y amoratada pero su expresión anhelaba más. Alargó sus manos hacia las mías para que continuase.

—Quiero más —jadeó, igual que había hecho aquella mañana en mi cama—. Quiero más.

Tuve las suficientes fuerzas como para apartarlo, coger mis ropas y lanzarme al túnel cojeando para dejarlo allí atrás, avergonzado de mí mismo. Con mi vida destrozada para siempre.

*Cuando llevaron a Fish a la silla eléctrica, estaba contento. Según dijo entonces, aquel era el último placer que le quedaba por disfrutar.*

*Él, que había experimentado todos los tormentos existentes, que había legado a la posteridad multitud de confesiones de todo lo que un ser humano podía hacerse a sí mismo y hacer a otros, que sin duda sería imitado en el futuro por otros psicópatas como él, estaba satisfecho porque ya no había más que pudiese sufrir y disfrutar.*

*En cierto modo, en ese momento de mi vida yo estaba sintiendo lo mismo que Fish ante la electrocución.*

*Por eso, solo había una cosa que aún me quedara por hacer.*

No había pasado por mi apartamento porque no quería que Elbert, el fiscal, me localizase. Seguía aún con la ropa manchada de sangre y de alcantarilla, y con las vendas ensangrentadas y sucias. Y, también, con el trauma de lo que le había hecho a Edward y de lo que el hijo de Fish me había hecho a mí.

A pesar de que estaba cojo, me resultó fácil colarme en su casa. La enajenación otorga habilidades que uno jamás hubiese imaginado. Aún recordaba su distribución a partir de aquella visita que había hecho días atrás, así que fui a la puerta trasera y la forcé con facilidad. Incluso a oscuras distinguí la miríada de grabados religiosos, de ángeles que ahora comprendía sin sorpresa que eran niños desnudos, y de representaciones de Jesucristo con el mismo aspecto de Mesías con el que yo había visto a Fish en mis sueños.

Mirándolos, apoyándome con cuidado en un bastón con la punta envuelta en un pañuelo para que no hiciese ruido, pensaba en todos los niños que habían estado presentes el día de mi visita; los supuestos nietos de Fish. Ya en su momento me había parecido una cantidad demasiado grande. Además, curiosamente no se habían encontrado allí las parejas de ninguno de los dos hijos. Para mí ya no había dudas. Tarde, pero lo había comprendido. Pensé en todos los otros niños que aún estaban en las jaulas. Quién sabía cuántos saldrían de allí, rollizos y obedientes, y cuántos no.



Claro que, para la policía y el resto de aquella sociedad ciega, yo estaría simplemente delirando y de verdad serían familias numerosas, rectas y temerosas de Dios, y yo un mero asaltador nocturno que con sus absurdas ideas psiquiátricas se había vuelto tan loco como aquel viejo caníbal llamado Albert Fish.

Fuera como fuese, ahora tenía que completar lo que él hubiera hecho.

Subí con cuidado hacia donde suponía que estaban los dormitorios. Tardé mucho por el dolor de mi pie ausente, pero no llevaba prisa. Fui abriendo en silencio las puertas y comprobé cómo las dos decenas de niños, o tal vez menos ahora, dormían apiñados en camas muy blancas, abrazados como si esa fuese la única forma de protegerse. Comprobé lo que sospechaba; sus manos eran muñones. Algunos aún conservaban dedos, pero pocos tenían más de dos. Por eso las habían escondido en los bolsillos durante mi visita, y no por la enfermiza disciplina de sus supuestos padres que yo había creído. No pude evitar acariciar mi propio dedo cortado.

Ver a aquellos niños me hizo acordarme del orfanato donde Fish había crecido, y donde había sido sometido a torturas diarias; latigazos, cortes, humillaciones. Era el lugar donde había aprendido todo acerca del dolor, y gracias al cual lo había transmitido a su descendencia, y ellos a la suya. La verdad se había heredado, finalmente. Albert Fish era sin duda un mesías para sus hijos, y estos niños eran sus testigos. Por eso yo ahora tenía que completar su legado.

Pasé de largo la habitación de la hija de Fish, que dormía igual de tensa que cuando había hablado conmigo aquel día, y abrí por fin la puerta del hijo. Cerré detrás de mí y encendí la luz. Estaba esperándome. Yo ya le apuntaba con la pistola que él, con toda previsión, se había cuidado de que mantuviera en mi bolsillo cuando me había apresado. Al salir de las alcantarillas me había sorprendido descubrirla aún conmigo, pero ahora ya no. Ahora ya todo tenía sentido.

—¿Por qué tenía que ser yo? —le pregunté.

Aquello era lo único que necesitaba saber. Lo demás estaba claro.

El hijo de Fish estaba sentado sobre la cama, vestido con un pijama de un blanco impoluto, como un ángel. Detrás de él había un cuadro enorme que

mostraba a Jesucristo con aspecto de Mesías, desnudo, con la espalda marcada por latigazos. El Mesías me miraba, y el hijo de Fish también. La expresión de este, sin embargo, mostraba el mismo desprecio con el que me había tratado desde el primer día.

—Abraham fue fuerte y estuvo dispuesto a sacrificar a Jacob. Pero mi padre no se atrevió a hacerlo conmigo, así que ahora debe hacerlo usted. La palabra debe ser cumplida.

Apreté con más fuerza la pistola. Que el hijo estuviese tan desequilibrado como el padre, que viviese en una realidad alucinada, no me servía como justificación. Necesitaba más. Lo necesitaba todo. Tanto sufrimiento y tanta pérdida como la que había sufrido en mi cuerpo y en mi mente debía tener una causa racional, algo que les proporcionase una razón de ser. Algo que no me hiciese enloquecer más aún.

—Eso no explica nada —le dije con dureza—. ¿Por qué yo?

—Hágalo ya, doctor, antes de que mi hermana se despierte y se lo impida igual que se lo impidió a mi padre cuando éramos pequeños.

Casi grité de pura rabia.

—¿Por qué yo?

Pero él solo retorció más su mandíbula de bestia y encogió los hombros con su eterno menosprecio a la humanidad.

—¿Qué más daba usted que otro?

Una respuesta así solo podía venir de una mente enferma y cruel, sin ninguna empatía. De nuevo yo había sido ingenuo. Torpe. ¿Por qué habría esperado que en todo aquello yo fuese más importante que un mero muñeco de sangre y carne? ¿Por qué habría de ser más que Edward, o que el anciano, o que las decenas de niños que en un momento u otro podían ser al fin devorados por completo? Yo no era nadie, solo un psiquiatra con una mujer muerta y un hijo desaparecido que, tal vez, en realidad había sido asesinado por el hombre al que se había empeñado en exculpar. Un psiquiatra que había creído demasiado en la bondad escondida bajo las aberraciones más abyectas, hasta que había sido tarde y se había vuelto tan loco y cometido tantas perversiones que su vida no servía para nada.

No, yo no era nadie.

Sin embargo, eso me ofendió aún más. Apreté el gatillo cuando el hijo de Fish iba a abrir la boca para despreciarme de nuevo y recriminarme mi cobardía por mi tardanza. El disparo le alcanzó con sorpresa. Incluso, diría, con miedo, con arrepentimiento ante lo que él mismo me había pedido. Quizá había pensado que, igual que había ocurrido con Abraham, un ángel iba a aparecer para detener mi mano ejecutora.

Intentó decir algo, pedir ayuda tal vez. Agitó el brazo hacia mí y de su garganta salió un borboteo idiota. Sin más, cayó inerte sobre la cama, con su ropa blanca manchada de sangre negra.

La hija de Fish apareció enseguida, gritando histérica, y detrás de ella oí las pisadas de decenas de niños. No era relevante ya. Yo solo miraba el enorme cuadro del Mesías que tenía sobre la cabecera de la cama. Fish al fin me contemplaba directamente a mí, como debía ser.

No hubo más. Ya había cumplido con lo que me había sido asignado, con lo que el propio padre quiso haber hecho y no había llegado a hacer, con lo que me había exigido en la silla eléctrica con tan solo una mirada, aquello que me había robado la vida, el hambre y la cordura.

La verdad, poco importa lo que ocurrió después, ni cómo salí de allí abriéndome paso a codazos entre los chillidos histéricos de la hija, ni qué pasó con esos pobres niños, atrapados en esa casa con ya solo una única caníbal para retenerlos. Ahora mismo, con mi vida destrozada, mi mente perdida igual que la de todos estos asesinos y psicóticos, mi cuerpo mutilado y habiéndome manchado con todos los pecados del mundo, solo hay una verdad.

Ya soy Fish.

Al hablar con él la primera vez en mi consulta, ya había empezado a ser un poco él. Él mismo lo había sabido, y por eso había accedido a tener las sesiones psiquiátricas conmigo. Y por eso también me había mirado con recriminación cuando lo había dejado morir en la silla eléctrica.

Ahora he cometido las mismas faltas, he seguido sus pasos e incluso he hecho lo que él no se había atrevido a hacer.

Ahora por fin vuelvo a tener hambre, después de tantos días de náuseas y

sufrimientos, y sé de dónde viene. También sé qué me está exigiendo para satisfacerla. No puedo sino pensar en mi mujer y en mi hijo, mirándome desde lo alto, y no me queda ya la suficiente vergüenza como para soportarlo.

Por eso voy a dispararme en la sien.

Un último disfrute, hubiera dicho él. Para mí, una última salida.

---

*En memoria de la pequeña Grace Budd.*

---

## Unas palabras finales

Lo que has leído no es real.

Sin embargo Albert Fish sí, igual que todo lo que hizo y las referencias a sus víctimas, a las personas que lo detuvieron y a las investigaciones que llevaron a su captura. Solo el doctor Isaac Prey y sus actos no existieron, por suerte para él.

Si esta novela existe es porque, hace unos años, [Javier Cosnava](#) me propuso escribir una historia de caníbales a partir de Albert Fish, uno de los más famosos asesinos en serie estadounidenses de principios del siglo XX. En mi trayectoria como escritor he publicado muchas historias de terror, pero en esta quise unir ese terror al género de investigación. Así pues, en lugar de simplemente contar la historia de Fish, he tratado de explorar cómo sería seguir sus pasos después de que lo hubiesen ejecutado en la silla eléctrica en 1936, y cómo podría haber sobrevivido una deprivación tal.

Este es el resultado, una historia de canibalismo, oscuridad y desesperación en lo más profundo de Nueva York.

Espero que la hayas disfrutado.

Si has sido capaz de algo así.

Daniel P. Espinosa

## Sobre el autor

Daniel P. Espinosa (Madrid, 1973) es escritor, corrector y profesor de talleres literarios. Es un autor versátil que cultiva tanto el género negro como la literatura histórica, la fantasía y el terror. Entre otras, es autor de las novelas *Nekromanteia* (finalista del IX Premio Minotauro y del Premio Noche), *Sirenas de dientes blancos* (finalista de los Premios Ignotus), *Ad Infernum* y de la crónica negra *El Caso: El estripador de Avilés*.

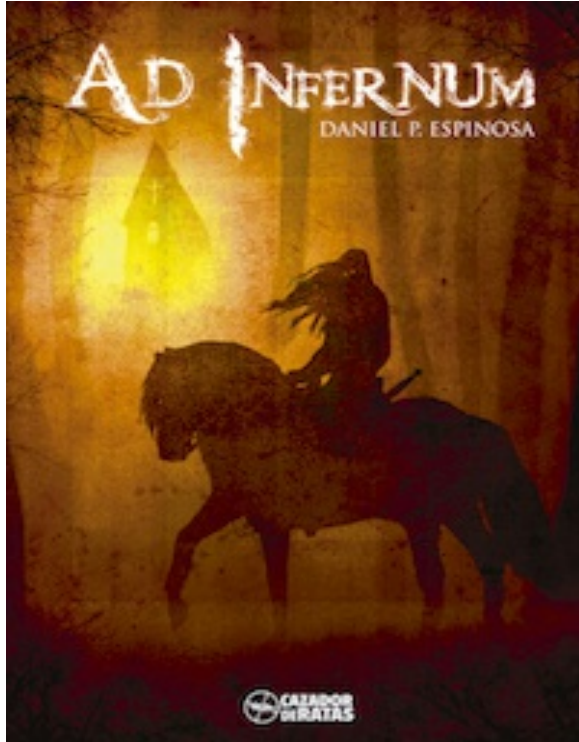
También ha participado en numerosas antologías de relatos como *Momias y embalsamados* y *Horror dummies*. Además ha cotraducido la novela *Renegado* de Jim Butcher, de la saga bestseller de fantasía urbana de Harry Dresden.

Puedes saber más de sus obras o contactarlo en:

[danielpespinosa.wordpress.com](http://danielpespinosa.wordpress.com)

[facebook.com/danielpespinosaescritor](https://facebook.com/danielpespinosaescritor)

## Más novelas de Daniel P. Espinosa



### **Ad Infernum**

Una historia de demonios encarnados, santas condenadas y hechiceros malditos en la Castilla medieval.

Consíguela en papel en [Cazador de ratas](#) o en ebook en [Lektu](#).





## **Nekromanteia**

Novela finalista del IX Premio Minotauro. Una historia de nigromancia en el mundo actual, profusamente documentada a través de tratados reales de magia europea.

Consíguela en [Amazon](#) o en [Dolmen](#).